

En la frontera: Jóvenes y cambio climático



estado de la población mundial 2009 **suplemento jóvenes**

En la frontera: los jóvenes y el cambio climático

Equipo Editorial

Estado de la Población Mundial 2009 - Suplemento Jóvenes

Martín Caparrós (historias y fotos), Dra. Laura Laski,
Victor Bernhardt

Asistencia administrativa

Malak Khatib-Maleh

Agradecimientos

Nuestra sincera gratitud a los numerosos colegas de las oficinas del UNFPA en los países y la sede, así como a los copartícipes, por los aportes provistos y la información compartida, con particular mención de las oficinas del UNFPA y sus copartícipes en Filipinas, Níger, Marruecos y Nigeria, y a las oficinas regionales de los Países Árabes y del Pacífico, que colaboraron facilitando las entrevistas con las mujeres y hombres jóvenes retratados en esta publicación.

Nuestro especial agradecimiento a Werner Haug, Prateek Awasthi, Sabrina Juran, Richard Kollodge, Ziad Mikati, Saskia Schellekens y el Dr. Daniel Schensul por sus aportes y su apoyo, y en particular a Marjorie, Mariama, Messias, Kilom, Mandisa, Youness y Fatima por compartir sus historias con nosotros.

CONTENIDO

PREFACIO IV

INTRODUCCIÓN V



Marjorie
PESCADORA
FILIPINA DE
CONCHAS:
EN AGUAS
CÁLIDAS

1



Mariama
INTEGRANTE
NIGERINA DE UN
BANCO CEREALERO:
GANAR RESPETO
Y ASEGURAR EL
ALIMENTO

7

En la frontera: Jóvenes y cambio climático



Messias

PRESIDENTE DE
UNA COMUNIDAD
AMAZÓNICA:
PIONERO DE LA
PERMACULTURA

13



Kilom

NOBLE
MARSHALÉS:
NO ABANDONAR
LA ISLA

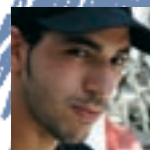
19



Mandisa

ESTADOUNIDENSE:
ORGANIZARSE
PARA LA LIBERTAD,
RESPONDER A UN
DESASTRE

25



Youness

FUTBOLISTA
MARROQUÍ:
ADAPTARSE A
UNA NUEVA
VIDA

31



Fatima

ACTIVISTA Y
ORGANIZADORA
NIGERIANA:
REEMPLAZAR
LA LEÑA POR
UN TELÉFONO
CELULAR

37

CONCLUSIÓN 42

NOTAS FINALES 43

Esta es la cuarta edición del *Suplemento Jóvenes del Informe sobre el Estado de la Población Mundial de UNFPA*. Este *Suplemento* aborda el cambio climático y la juventud desde la perspectiva del impacto previsto del cambio climático y lo que significará para las vidas, los medios de subsistencia, la salud, los derechos y el desarrollo de los jóvenes. El *Suplemento Jóvenes* examina estas cuestiones porque los jóvenes de hoy serán quienes ocupen la primera línea en las próximas décadas y quienes tengan que enfrentar los desafíos que plantea el cambio climático.

Como lo muestra el *Suplemento*, los jóvenes tendrán que lidiar con las amenazas y oportunidades que trae el cambio climático tanto si han elegido hacerlo como si se ven forzados, les guste o no. Algunos de los jóvenes que presenta el *Suplemento* iniciaron el pasaje a la adultez con un fuerte interés en algo completamente diferente, pero cambiaron el foco de atención al tomar conocimiento del cambio climático y darse cuenta de cómo se relaciona con sus vidas y sus comunidades.

Los jóvenes de todo el mundo están hoy de pie y reclaman que se preste atención adecuada al cambio climático. Los enojan los escenarios que en algunos casos parecen inevitables, pero a la vez confían en que sus aportes producirán un cambio. Las historias que nos cuentan los jóvenes presentados en este informe nos permiten vislumbrar el impacto que el cambio climático podría tener sobre personas de diferentes orígenes y culturas, y comprender con mayor profundidad cómo se modificarán las vidas de los jóvenes a medida que ocurran los efectos previstos del cambio climático.

El cambio climático no es un fenómeno aislado; por el contrario, afectará a los jóvenes en todos los aspectos de sus vidas. En muchos casos el efecto del cambio climático será más fuerte en los países en desarrollo, y por lo tanto plantea una amenaza al desarrollo, en la medida en que amenaza con obstaculizar el acceso a agua, alimento, saneamiento y seguridad, entre otras cosas. Indudablemente, si no ponemos en práctica respuestas adecuadas al cambio climático, está en riesgo el cum-

plimiento a largo plazo de los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

Hoy viven en el mundo más jóvenes que nunca en la historia, y por eso, en vísperas de acontecimientos que los afectarán durante toda la vida, es crucial capacitarlos e involucrarlos en la respuesta al cambio climático. La pobreza, la discriminación y la dinámica de género influirán en el modo en que los jóvenes lleven adelante esta tarea. A menos que se les brinde herramientas como educación y salud, incluida la salud reproductiva, su empoderamiento, compromiso y aportes no serán posibles, o al menos resultarán mucho menos exitosos.

Cambio climático:

“El calentamiento del sistema climático es inequívoco, como evidencian ya los aumentos observados del promedio mundial de la temperatura del aire y del océano, el derretimiento generalizado de nieves y hielos, y el aumento del nivel medio del mar.”¹

Nuestro clima está cambiando, lento pero seguro. En todos los continentes y en la mayoría de los océanos se observan cambios en los sistemas naturales. Estas observaciones incluyen –entre otros– cambios en los sistemas biológicos marinos y de agua dulce, adelanto de procesos primaverales, reducción de las áreas cubiertas de hielo y aumento de la temperatura de lagos y ríos. Todos estos fenómenos representan los efectos de un clima que está cambiando, pero a la vez son sólo señales tempranas de lo que podría suceder.

La emisión de gases de efecto invernadero es el factor de origen humano que contribuye más significativamente al cambio climático. La tecnología y la industrialización nos han brindado medios revolucionarios para crear

riqueza y mejorar la salud, pero nuestro estilo de vida, basado en patrones insostenibles de producción y consumo, condujo también a un aumento de las emisiones de gases de efecto invernadero del orden del 70 por ciento entre 1970 y 1994; el mayor aumento se produjo en los diez últimos años de ese período. Si las emisiones globales de gases de efecto invernadero no se reducen en el siglo XXI, es muy probable que los efectos del cambio climático sean más severos que lo que se ha observado hasta ahora y lo que se prevé hoy. En una perspectiva de largo plazo es probable que, si las emisiones no se reducen, el cambio climático supere la capacidad humana y natural de mitigación.²

Los jóvenes en la frontera:

En el *Suplemento Jóvenes del Informe sobre el Estado de la Población Mundial* de este año conoceremos a siete jóvenes que han experimentado –o viven en medio de– circunstancias que probablemente aumenten en intensidad y frecuencia cuando los efectos del cambio cli-

mático se generalicen. Entre ellos se encuentran las inundaciones, la reducción de la producción agrícola y los problemas sanitarios. Mientras que algunos dirían que los hechos experimentados por los jóvenes presentados en esta publicación son claramente señales tempranas del cambio climático, otros sostendrían que es imposible sacar esa conclusión. Sin embargo, lo que es muy cierto es que sus historias son ejemplos de lo que será la vida de millones de jóvenes en el futuro si no logramos tomar medidas para adaptarnos al cambio climático, mitigarlo y reducir las emisiones de carbono.

La pobreza está relacionada de manera inextricable con la vulnerabilidad frente al cambio climático, así como con la capacidad para adaptarse y mitigar el impacto de las emergencias y los cambios duraderos en las condiciones de vida. Las personas más pobres tienen menor acceso a agua, alimento, medios de subsistencia, infraestructura, salud, vivienda y servicios. Por lo tanto, una alteración o la disminución en el acceso a esos bienes –es decir, los efectos previstos del cambio climático– tendrán un

INTRODUCCIÓN

impacto proporcionalmente mayor en las vidas de los más pobres. Además, las regiones donde se espera que los efectos del cambio climático sean más severos a menudo están habitadas por la gente más pobre.

La vulnerabilidad frente al cambio climático tiene también aspectos de género y edad: las mujeres representan dos tercios de la población pobre del mundo y alrededor de 70 por ciento de los agricultores, lo que significa que las mujeres enfrentarán la peor parte de los problemas en muchas áreas rurales.³ Más de 1.500 millones de personas en el mundo son jóvenes de entre 10 y 24 años, de los cuales el 70 por ciento vive en países en desarrollo. Por lo tanto, los jóvenes—en especial las mujeres— son particularmente vulnerables a los efectos previstos del cambio climático.

Los jóvenes de hoy se encuentran en la frontera del cambio climático. Las acciones actuales de los gobiernos, el sector privado y la sociedad civil determinarán lo que les espera y qué tan bien preparados estarán para lo que viene. Una parte importante de la juventud actual crece

en los lugares del mundo donde los efectos del cambio climático se desatarán con más fuerza; es imperioso dirigir sus capacidades a asumir los desafíos que se les presentan. Al hacerlo, es preciso considerar las vidas y oportunidades de los jóvenes de manera integral.

El cambio climático coincide con una actual tendencia mundial a la urbanización. En 2008, vive en el mundo más gente en áreas urbanas que en áreas rurales, y muchos de los que viven en ciudades son jóvenes.⁴ Esto es tanto un problema como una oportunidad, ya que las áreas urbanas emiten altos niveles de gases de efecto invernadero, pero brindan posibilidades para una organización del manejo y el transporte de los desechos menos perjudicial para el clima, entre otras cosas.⁵ Los jóvenes que viven en ciudades se caracterizan por un dualismo similar: tienen mejor educación que sus padres pero corren mayores riesgos de terminar viviendo en barrios precarios.⁶ Por lo tanto, para que los jóvenes urbanos sean capaces de explotar el

potencial ambiental de las ciudades, es necesario estar atentos a que sus modos de subsistencia mejoren.

Se ha estimado que en la próxima década 1.200 millones de jóvenes se sumarán a la población en edad activa. Al mismo tiempo, más de 40 por ciento de los desempleados del mundo son jóvenes.⁷ La falta de empleo comporta el riesgo de conducir a la pobreza y, por lo tanto, a una vida que probablemente brindará menos oportunidades de adquirir las capacidades y los medios necesarios para enfrentarse a los efectos del cambio climático y adaptarse a ellos. La capacidad de adaptación de los jóvenes se debilitará cada vez más si no se abordan adecuadamente las cuestiones relacionadas con su salud, incluida la salud reproductiva. La falta de oportunidades y capacidades, combinada con la exposición a los efectos del cambio climático, aumenta la presión para que migren y abandonen sus lugares y países de origen.

Si los jóvenes tienen la capacidad de decidir cuándo y cómo formar una familia, y las herramientas para protegerse del VIH y mantenerse

sanos, junto con oportunidades de obtener vivienda, medios de subsistencia y acceso a bienes tales como agua segura, tienen la chance de estar mejor preparados para enfrentar los efectos del cambio climático. Los embarazos no deseados, las infecciones de transmisión sexual y el VIH serían problemas menos frecuentes y por lo tanto sería menos probable que interfirieran en la capacidad de los jóvenes de adaptarse al cambio climático y mitigarlo. De forma inversa, si no logramos enfrentar los temas relacionados con la salud reproductiva de los jóvenes, corremos el riesgo de volver más difícil la tarea.

Nuevas tecnologías, nuevas soluciones:

A causa del cambio climático, los jóvenes de hoy necesitarán hacer las cosas de forma distinta que las generaciones previas. Sin duda, a medida que las generaciones se han ido sucediendo a lo largo de la historia humana, siempre ha habido progreso, desarrollo y una transformación en los estilos de vida que acompaña los cambios. La diferencia radica

en que los efectos del cambio climático obligarán a la joven generación de hoy a llevar una vida diferente de la de sus padres y abuelos, con un nuevo conjunto de factores en juego, algunos de los cuales pueden hacer la vida extremadamente difícil. El desarrollo de nuevas tecnologías y soluciones no será impulsado únicamente por la necesidad de incrementar la riqueza y el bienestar. Si los jóvenes de hoy desean seguir llevando adelante una gran cantidad de actividades humanas, desde la agricultura hasta el transporte, se necesitarán nuevos inventos y métodos.

Con los efectos previstos del cambio climático, muchos jóvenes se verán obligados a migrar, pero es cierto que la migración como estrategia de adaptación a los cambios ha tenido lugar durante toda la historia humana. Mientras que algunos cambios, como la migración, ocurrirán con certeza, el modo en que respondamos a ellos determinará los resultados.

En una amplia gama de iniciativas durante las últimas décadas, la gente ha buscado formas de vida que emitan menor cantidad

de gases de efecto invernadero, que sean menos tóxicas y que funcionen en mayor armonía con la Tierra. Se han hecho progresos en casi todos los frentes. El próximo paso debe ser lograr que más personas tengan acceso a los inventos exitosos, en particular los jóvenes, y a la vez asegurar que éstos se integren en la puesta en práctica de esos inventos para que hoy y mañana puedan mantener viva la llama.

Varios de los jóvenes que encontramos en esta publicación están involucrados en actividades de ese tipo y son ejemplo de que los jóvenes de todo el mundo aspiran intensamente a hacer su aporte en la adaptación al cambio climático y la mitigación de sus efectos. El compromiso de los jóvenes con el bienestar del mundo en que viven es un hecho. Sin embargo, sus aspiraciones deben ser respondidas con oportunidades para aumentar las capacidades. Los jóvenes no deberían limitarse a ser beneficiarios de los esfuerzos de adaptación y mitigación; tenemos que darles la oportunidad de jugar un papel activo en la creación y la puesta en práctica de respuestas, si queremos que éstas sean sostenibles.



Marjorie

PESCADORA FILIPINA DE CONCHAS:
EN AGUAS CÁLIDAS

Lo primero que la impresionó fue el espacio: en la isla de Zaragoza todo parecía enorme, lleno de cielo y luz y muchos árboles. Marjorie había pasado sus primeros cinco años en un barrio precario de Cebú, la capital de la isla de Cebú, en el sur de las Filipinas. Allí había vivido en un cuartito oscuro con un televisor como única ventana. Su padre había nacido allí y su madre había llegado unos años antes, dejando atrás aquella isla donde la vida le parecía demasiado estrecha. Pero la vida en la ciudad no mejoraba: él trabajaba, cuando podía, en una fábrica de ladrillos huecos y ella en lo que salía –una mueblería, un restaurancito popular– y el dinero no alcanzaba. La ciudad era demasiado cara, porque debían pagar por todo: agua, comida, electricidad, alquiler. En cambio en la isla podían levantar una cabaña, plantar maíz, mandioca, bananas y, sobre todo, pescar: el mar les aseguraría la comida.

Así que se mudaron en 1996. Meses después, cuando su madre le preguntó si quería volver a la ciudad, Marjorie se asustó de la simple pregunta y le dijo que no, que de

ninguna manera. Le gustaba su vida en la isla. Le gustaba andar todo el día de un lado para otro, jugando con sus primos; le gustaba incluso cuando se reían de ella porque no sabía nadar como ellos, que siempre habían jugado en esas aguas cristalinas azules relucientes. Y más le gustaba cuando esperaban la marea baja para enseñarle y reírse con ella.

La isla de Zaragoza está separada de la costa de la Cebú meridional por un kilómetro de mar y corales. Es una colina de 170 hectáreas de piedras y casas de madera y pasto ralo y buganvillas increíbles. Las 300 familias que viven en la isla han logrado domesticarlas para cultivar sus huertos, criar sus chanchos, sus gallinas. Pero la actividad principal de los isleños siempre fue la pesca: sardina, dangit, atún, caballa, calamar y muchos otros pescados que los hombres traían cada mañana o cada tarde, y que las mujeres iban a vender en el mercado de Badian, el pueblo del otro lado del agua.

En la isla –donde es rara la mujer con menos de seis o siete hijos–, los padres de Marjorie empezaron a tener más. Marjorie

entró en la escuela primaria y, como hacían todos los chicos, empezó a acompañar a su padre cuando salía a pescar. Su padre y su abuelo echaban la red desde lo que los lugareños llaman *bancas*, esas canoas muy angostas con un balancín a cada lado. Después su padre buceaba en el agua para empujar los peces hacia la red. Desde la *banca*, Marjorie los ayudaba a recogerla. Pero era más una diversión que un trabajo: la pesca siempre fue cosa de hombres.

Aunque cada vez se les hacía más difícil. Había más y más pescadores compitiendo por la pesca. Además, los más viejos empezaron a notar que el agua estaba más caliente y que, por lo tanto, las algas favoritas de los peces se estaban secando. Eso significaba que menos peces encontraban alimento en las aguas que rodean la isla. Los especialistas definen el aumento de la temperatura de las aguas oceánicas como uno de los efectos más decisivos del cambio climático. Pero ya antes de escuchar hablar de calentamiento global, los pescadores de Zaragoza sabían que algo estaba pasando.

El dinero alcanzaba menos aún que antes: muchas familias dejaron de comer tres veces al día y algunas tuvieron que pedir ayuda a sus niños.

Un día, cuando tenía 13 años, mi madre me pidió si podía comenzar a pescar más seriamente, como si fuera un trabajo.

“No me gusta lo que llaman ‘trabajo femenino’. Me gusta cómo entrenan a los soldados y creo que también puedo hacer eso.”

¿Cómo te sentiste?

Contenta, porque me había dado cuenta de que estábamos pasando por un momento difícil, y yo sabía que podía ayudarlos a pescar más. El problema llegó un año más tarde, cuando mamá me dijo que las cosas habían empeorado y que era necesario que abandonara el colegio, así podía trabajar más y nos ahorrábamos el costo de los estudios.

La escuela de Marjorie es pública y no cobra ninguna matrícula: cuando habla de los costos de sus estudios se refiere a los cuadernos, los lápices, algún libro que sus primos no puedan prestarle. Durante dos años, Marjorie y su

madre salieron a pescar todos los días en una *banca* mientras el padre y un hermano menor salían en otra. Había que multiplicar los esfuerzos para conseguir lo mismo o menos que antes.

¿Quiénes pescaban más? ¿Tú y tu madre o ellos?

Ellos, porque iban a zonas más profundas.

¿Y por qué ustedes no iban a zonas más profundas?

Porque allí la red se volvía muy pesada, es más para los hombres.

Al cabo de un tiempo, Marjorie ya conseguía pescar lo suficiente como para que su madre pudiera quedarse en casa y criar a sus otros seis hijos. Durante el día salía a pescar conchas marinas: en sus buenos tiempos, los isleños solían buscarlas sólo para el consumo personal, pero últimamente pasaron a ser parte importante de sus ingresos. Marjorie pesca conchas marinas igual que las pescaron sus ancestros durante siglos: la única diferencia es que ella usa un par de antiparras cuando se sumerge en las aguas costeras para buscar a los animalitos escondidos en los corales o hundidos en la arena. También lleva una cuerda atada a la cintura que está, a su vez,

atada a la proa de su pequeña *banca*. Si trabaja durante cinco horas intensas, sumergiéndose una vez y otra y otra, puede ganar, si todo va bien, unos 50 pesos filipinos, alrededor de un dólar estadounidense.

¿No tienes miedo en el agua a veces?

A veces sí. Cuando el agua no es clara, imagino que puede haber tiburones o anguilas.

¿Hay tiburones?

Sí.

¿Matan a personas?

Se cuentan muchas historias.

Pero a pesar de todo el tiempo que pasaba en el agua, Marjorie no podía olvidarse de la escuela. Sus primos ya la habían terminado y ella pensaba que nunca la terminaría, que había perdido su única oportunidad.

Tenía muchas ganas de ir, porque una vez que me recibiera podría ayudar a mis padres a enviar a mis hermanos a la escuela, dice Marjorie y, de pronto, le caen unas lágrimas que trata de disimular.

El año pasado Marjorie habló muy seriamente con su madre: le prometió que,

si la dejaba volver a estudiar, no descuidaría el trabajo y que incluso trabajaría un poco más para pagar sus gastos escolares. La madre le dio permiso; Marjorie ya cursó todo un año. Ahora está por empezar el penúltimo año de escuela.

Estoy muy entusiasmada con la idea de terminar la escuela. Debí haberme recibido dos años atrás, y ahora tengo miedo de no ser capaz de lograrlo.

Marjorie tiene mucho trabajo. Cuando llegan los peces pequeños sale por las noches en un bote más grande, el único que puede llevar las grandes redes que esos peces precisan. Allí Marjorie es una empleada que se reparte el dinero con todos los demás y que trabaja, por supuesto, al mismo ritmo. Pero estos últimos años es más difícil dar con esos peces: siempre aparecían en el verano, seco y caliente, pero ahora en verano también llueve y los peces pequeños huyen al mar abierto: otra complicación del cambio climático, dice Isyang, la tía y capitana del bote. Y hay más: antes los isleños plantaban maíz cuando llegaba la estación de las lluvias; ahora, como ya no saben cuándo va a ser, lo plantan cuando ven que ha llovido dos o tres días seguidos. Pero nunca se sabe: después, a veces, las lluvias paran y las plantas se mueren. Y, por lo mismo, han dejado de secar sal del



mar, otro de sus recursos: la sal se arruina si se moja cuando está en el secado. Los ingresos de los isleños se reducen por todos los costados.

Así que muchas veces Marjorie sale sola con su *banca* a buscar peces o conchas marinas. Y cada mañana, a las siete, navega hasta la escuela secundaria en Badian. Si estuvo pescando toda la noche, sólo le queda tiempo para pasar a buscar sus cosas por su casa y salir. Esos días se deja todo preparado, así no pierde tiempo; los otros días vuelve antes, hacia la una de la mañana, y puede dormir un rato. Marjorie trata de organizarse para aprovechar su tiempo, pero hay cosas que no puede controlar: como ese día, hace unos meses, en que su *banca* no soportó los vientos que anunciaban un tifón y zozobró. Marjorie se asustó mucho pero de algún modo

consiguió regresar nadando a la costa; luego volvió a su casa, se cambió y remó de nuevo hacia la escuela. Marjorie realmente quiere terminar sus estudios.

Si no lo hago, la gente supondrá que no sé nada y no podré trabajar en la ciudad.

¿Entonces quieres ir a la ciudad? Tu mamá fue allí y volvió.

Bueno, por eso necesito estudiar. Quiero ir a la ciudad porque quiero trabajar allí. Si acá en la isla hubiera tantos peces como antes me quedaría, porque la gente vivía bien. Pero ahora, con el cambio climático, es imposible vivir de esto.

¿En qué te imaginas trabajando?

Quiero ser soldado.

Marjorie dice que desde niña le gustó la independencia que tienen los muchachos, y que quiere ser capaz de realizar sus sueños.

¿Por qué quieres ser soldado?

No me gusta lo que llaman “trabajo femenino”. Me gusta cómo entrenan a los soldados y creo que también puedo hacer eso.

Los soldados son entrenados para matar personas, y a veces lo hacen. Si fueras soldado y tuvieras que matar a alguien, ¿qué harías?

Marjorie se ríe, tímida, discreta. Marjorie siempre está tratando de no molestar a nadie, de no hacerse notar:

Bueno, me gustaría poder disparar antes que la otra persona.

¿No sentirías culpa?

No, no la sentiría, porque si yo no lo hiciera, esa persona podría matar a mis compañeros.

Marjorie dice que por ahora no quiere tener un novio. No se imagina como una de esas madres isleñas cargadas de hijos. El presidente de la cooperativa de Zaragoza, Rogelio, un hombre chiquitito, padre de 12, dice que ése es el mandato de los ancestros y que hay que respetarlo. Si no, dice, los ancestros se van a enojar. Isyang le contesta que qué saben los ancestros de lo difícil que está la vida ahora: ésas eran ideas de otros tiempos, dice. Marjorie escucha a lo lejos, se sonríe. Por ahora prefiere estudiar y nadar y pescar con los chicos de la isla antes que salir con sus compañeros de la escuela, “que se lo pasan enviándose mensajes de texto y yendo a bailar, yo no soy así”. Salvo en lo que respecta al cubo: el cubo de Rubik se ha puesto de moda en Filipinas en el último año, e incluso la escuela secundaria de Badian organizó un concurso. A Marjorie le gustaba el desafío, pero no tenía los 500 pesos –10 dólares estadounidenses– necesarios para comprarse el cubo, así que tuvo que conformarse con una versión genérica que costaba mucho menos. Pero era tan duro que resultaba difícil hacerlo rotar; Marjorie lo trató con aceite, con champú, con todo lo que pudo pero no funcionaba. Entonces empezó a tomar la costumbre de llegar un rato antes a la escuela para pedirselo prestado a una chica rica de la clase que sí lo tenía. Hasta que llegó el día del concurso:

Nunca olvidaré ese día: gané. Nadie se esperaba que ganara; tampoco yo. Gané 5 pesos, ¡y estaba tan feliz! Ahorré el dinero para poder comprar algo que necesite o que tenga ganas de comprar.

Esa tarde Marjorie pensó que quizá sí podría terminar la escuela, quizás incluso después conseguir un título y cumplir su sueño de ser soldado, o si acaso ser maestra como quiere su madre e irse a la ciudad. Dice que va a extrañar la isla, su familia, el mar, esos espacios. Y que si sólo hubiera suficiente pesca, se quedaría. Pero que todos dicen que esto no va a mejorar. Que, de hecho, se va a poner cada vez peor, y que qué puede hacer ella, tan pequeña, frente a algo tan grande.

PESCA Y ACUICULTURA: TRABAJAR EN EL AGUA

El cambio climático ya está afectando y alterando las redes alimenticias marinas y de agua dulce de todo el mundo. Los efectos de largo plazo del cambio climático sobre la pesca y la acuicultura son todavía impredecibles, pero podemos esperar ver cambios en la productividad dentro de los ecosistemas. En las aguas cálidas, los efectos deberían redundar en una cantidad menor de peces; en las frías, una cantidad mayor. La propia industria pesquera contribuye de manera moderada, aunque significativa, al cambio climático: la relación media entre el uso de combustible y las emisiones de dióxido de carbono (CO₂) para pesca de captura se ha estimado en alrededor de 3 teragramos de CO₂ por millón de toneladas de combustible utilizado.¹

La gente más pobre está en general menos capacitada para adaptarse a las caídas previstas en la productividad del ecosistema. Para los pescadores y las pescadoras de las regiones más pobres, que son las que registrarán la mayoría de los descensos en la productividad, menos peces significarán entonces más dificultades. De acuerdo con los efectos esperables del cambio climático, será necesario pescar en condiciones meteorológicas más extremas, más lejos de la costa, y se requerirán más recursos humanos. Se necesitarán más horas de trabajo y más combustible para reunir la captura necesaria.

En áreas en que la pesca es una parte sustancial de la economía, el cambio climático afectará a un gran número de personas. En el área del Bajo Mekong, por ejemplo, dos tercios de la población, 60 millones de personas, trabajan en la industria pesquera o en sectores relacionados. Su trabajo y su vida a orillas del Mekong cambiarán, ya que se espera que el Mekong cambie debido a la alteración en

los patrones de precipitación, al deshielo y al ascenso del nivel del mar. Si bien es difícil estimar con exactitud lo que sucederá, un ascenso de 20 cm en el nivel del mar provocaría, de acuerdo con los modelos, cambios drásticos en las especies que habitan el delta del Bajo Mekong.²

Si bien los cambios en las especies no necesariamente llevarían a una merma en la captura disponible, una pérdida de diversidad biológica podría tener consecuencias en la salud humana. La investigación indica que la diversidad de especies existente en los países tropicales amortigua las enfermedades tropicales que amenazan a los seres humanos. Por lo tanto, una pérdida de diversidad biológica implica el riesgo de un aumento en la difusión de enfermedades tropicales. Muchos sostienen que esas enfermedades son responsables de la mayor parte de los problemas económicos de los países tropicales.³ Una de esas enfermedades es la anquilostomiasis, considerada como una enfermedad tropical desatendida, que causa anemia infantil y maternal, con el riesgo de producir discapacidades.⁴

Como lo muestra la historia de Marjorie, las niñas de los países en desarrollo participan a menudo en el trabajo agrícola y en tareas de apoyo para el hogar, como conseguir combustible y acarrear agua, en lugar de permanecer en la escuela. Para las familias que trabajan en el sector agrícola informal, con frecuencia es necesario sacar a los niños de la escuela para llevarlos al campo. Sin embargo, es importante destacar que en los países en desarrollo la contribución de los niños a la producción familiar no suele resultar significativa en los esfuerzos por sacarla de la pobreza, ya que los niños carecen del entrenamiento y la experiencia necesarios. Además, los niños son más vulnerables como trabajadores agrícolas. El sector agrícola es uno de los tres

sectores más peligrosos para trabajar, en términos de la cantidad de muertes y accidentes relacionados con el trabajo y de casos de enfermedad ocupacional y problemas de salud.⁵ En el Sudeste asiático, muchas familias pobres dependen fuertemente de la pesca y la agricultura en pequeña escala para obtener sus medios de subsistencia, y a medida que empiezan a verse los efectos del cambio climático, identifican nuevas amenazas para su posición, que ya era frágil.

Dado que las mujeres y los jóvenes son una gran proporción de quienes se dedican a la pesca, asegurar la supervivencia de la pesca a pequeña escala mejorando sus capacidades para desempeñar el trabajo es crucial de cara al cambio climático. Al mismo tiempo, es imprescindible generar iniciativas que permitan a niños y jóvenes de las familias de pescadores, en particular a las adolescentes, recibir educación. Las adolescentes sin educación o que reciben sólo educación primaria enfrentan mayores riesgos de sufrir embarazos no deseados o inseguros y de carecer de medios de subsistencia sostenibles y de oportunidades de empoderamiento.⁶



Mariama

INTEGRANTE NIGERINA DE UN BANCO CEREALERO:
GANAR RESPETO Y ASEGURAR EL ALIMENTO

Mariama tiene un marido, tres hijos, montones de parientes, una choza de adobe con su techo de paja, varias gallinas, cinco vestidos, algunos pañuelos de colores, un mortero, una azada, una docena de platos y tazas, algunas cucharas, cuatro ollas, unos bidones para buscar el agua, cuatro lamparitas, tres pulseras y un collar muy bonito. Mariama sabe que nació en 1983 pero no sabe la fecha exacta, y nunca pensó que debiera saberlo.

Níger es uno de los países más pobres del mundo, un país muy grande lleno de desiertos; sus 15 millones de habitantes –83 por ciento de campesinos– crecen con la tasa de fertilidad más alta del planeta: 7,7 hijos por madre. Mariama nació en Dokimana, un pueblo sin electricidad ni agua corriente a 60 kilómetros de la capital, Niamey, donde su padre cultivaba sus tres o cuatro hectáreas de tierra. Era la quinta de siete hermanos, así que siempre tenía con quien jugar en la casa o junto al río. A los seis años empezó a colaborar en las tareas domésticas: ayudaba a su madre a cocinar, limpiar, traer agua del pozo y leña del monte. También en

sus cultivos: a menudo, las mujeres cultivan por su cuenta *gombo*, un condimento muy usado en la comida nigerina.

Sus padres nunca la mandaron a la escuela. Sus hermanos iban pero ella no, y ahora lo lamenta: cree que si hubiera ido habría tenido más posibilidades, como algunas de sus vecinas que se hicieron maestras y ganan un sueldo y no se pasan la vida moliendo mijo. Cuando tenía diez años, sin embargo, su madre y su abuela empezaron a enseñarle el Corán: Mariama aprendió a reconocer las letras y, al cabo de un tiempo, podía recordar y reproducir esos sonidos que, todos juntos, armaban unas frases en árabe que, por supuesto, no entendía. Era como recitar una música que cantaba, le habían dicho, la palabra de Dios. Después, poco a poco, cada noche, en la escuela coránica del pueblo, a la luz de las lámparas de aceite, el marabú –el sabio religioso– le fue explicando el sentido de lo que repetía.

¿Qué era lo que más te gustaba hacer cuando eras una adolescente?

Lo que más me gustaba era llenarme la panza y vestirme bien y leer el Corán.

Hace diez años, cuando Mariama tenía 16, llegó a Dokimana un hombre de Dalweye, 30 kilómetros más allá: se llamaba Aboubakar. Tenía 25 años y algunos parientes en el pueblo y, se supo después, buscaba matrimonio. Un día el hombre se le acercó, la miró fijo y le dijo que la amaba. Luego se volvió a su pueblo a decir a sus padres que ya había encontrado esposa.

Acá no pasamos mucho tiempo hablando, noviendo, esas cosas. Si un muchacho se quiere casar con una chica y a la chica le parece bien, se casan en cuanto pueden preparar la boda

Dalweye es un pueblo muy pobre, hecho de un centenar de construcciones de adobe desparramadas sobre la tierra seca. Mariama tenía miedo: ya no estaba a cargo de su padre sino de su marido, e iba a pasar el resto de su vida con un hombre que casi no conocía en un lugar que no era el suyo.

¿No estabas contenta de casarte?

No, sí... Bueno, yo sabía que podía tener confianza en mi marido, era alguien conocido de mi familia. Pero el hombre siempre es más fuerte, una no sabe lo que puede pasar.

Mariama se convirtió en esposa: limpiaba la casa, molía el grano, lavaba, cocinaba, iba al campo a llevar la bola de mijo a su marido para el almuerzo. Un año después tuvo su primera hija, en su casa, atendida por la partera del pueblo. Una vida normal, laboriosa, que sería tranquila si no fuera porque el hambre siempre está amenazando.

“Yo también me veo distinto, porque sé que apporto algo a la casa.”

La familia de Mariama –y la mayoría de los campesinos nigerinos– come, si puede, tres veces por día: al alba, una bola hecha con mijo molido largamente en un mortero de madera, mezclada con un poco de leche o agua; al mediodía vuelven a comer la misma bola o una sopa de agua caliente con harina de mijo. La cena, al caer la noche, es la comida más elaborada: una pasta de mijo o de maíz con una salsa hecha de hojas de baobab o *gombo* o

lo que haya. Dos o tres veces por mes se agrega algún pescado, unas presas de pollo. Y en las fiestas y ocasiones especiales, Mariama prepara arroz blanco con una salsa de acedera, calabaza, tomate y pasta de maní.

Pero a veces no tenemos tanta comida, y podemos comer sólo dos veces, una vez por día. O no tenemos nada.

Lo más difícil es ese momento del año que llaman la “soudure”. En junio, cuando empiezan las lluvias, los campesinos plantan el mijo y el maíz, que podrán cosechar en octubre; esos meses en que la cosecha anterior se está acabando y la próxima todavía no ha llegado –agosto y septiembre, sobre todo– son el tiempo del hambre. Mariama siempre había conocido esas penurias, pero la situación empeora año tras año.

Antes un campo mediano, de tres o cuatro hectáreas, podía producir hasta 300 parvas de mijo. Ahora si da 150 ya es mucho. Y antes cada parva daba siete, ocho tias, y ahora nunca da más de tres.

La medida más usada en Níger, el *tia*, es un tazón que contiene dos kilos y medio de grano. Y Mariama dice que los granos no llegan a madurar porque las tierras están

agotadas, los fertilizantes son muy caros y ni siquiera tienen carretas para llevarlos. Y que, además, quedan pocos árboles porque los tiraron para hacer leña, casas, utensilios –“acá sin madera no se puede hacer nada”, dice–, y que como no hay plantas hay menos agua. Pero lo peor es que ahora llueve mucho menos, dice, cada vez menos. Mariama habla, sin saber el nombre, del cambio climático.

En 1999, cuando llegó a Dalweye, Mariama se enteró de que algunas mujeres habían formado un grupo para ayudarse entre ellas. En su pueblo no existía algo así, y ella, al principio, forastera y tímida, no se atrevió a pedirles que la dejaran entrar, pero seguía sus actividades. El primer grupo de mujeres de Dalweye se había formado en 1997 a partir de una iniciativa de Care International. Eran unas 40 mujeres que se reunían, hablaban de sus problemas y, además, trataban de contribuir 100 francos –unos 20 centavos de dólar estadounidense– por semana para formar un fondo del que tomaban créditos de 5.000 o 10.000 francos que les servían para intentar algún pequeño emprendimiento: vender buñuelos, cuscús, leche. El grupo las ayudaba a vivir pero, tiempo después, supieron de la existencia de los bancos cerealeros y quisieron hacer uno.

Los bancos cerealeros son una de las formas más eficaces de combatir la amenaza del hambre que la sequía produce en Níger, y ya

hay unos 2.000 en todo el país. El mecanismo es simple: un grupo de mujeres con una trayectoria de actividades en su pueblo se compromete a construir un depósito y recibe, de parte del Programa Mundial de Alimentos, a través de determinadas ONG, un capital inicial en granos: habitualmente son unas cien bolsas de cien kilos de mijo, maíz y arroz.

El banco vende o presta pequeñas cantidades de grano a la comunidad en dos momentos claves del año: hacia el mes de junio, cuando las primeras lluvias indican que es el tiempo de plantar, y cuando llega la “soudure”. Lo administran las mujeres divididas en comisiones, aunque todas las decisiones importantes se toman en asamblea general. El proyecto debe ser “rentable”: cada año, con los ingresos recibidos, el banco se “capitaliza” comprando más grano para el año siguiente. El banco permite que las mujeres puedan adquirir grano en su propio pueblo, en lugar de caminar docenas de kilómetros hasta el mercado más próximo. El banco también regula los precios, porque siempre vende más barato que el mercado. Y, sobre todo, es un recurso que reduce la amenaza del hambre y que permite que sus integrantes ganen un lugar en sus comunidades y en sus casas.

Ahora mi marido me mira distinto. Él sabe que sin el banco a veces nos quedaríamos



sin comer, y el banco somos nosotras, las mujeres. Y yo también me veo distinto, porque sé que apporto algo a la casa.

En 2002, las mujeres de Dalweye juntaron todos sus recursos para construir el depósito de granos. Ahora dicen, con orgullo, que lo hicieron ellas solas.

No, los hombres ayudamos, dice un representante del jefe de la comunidad.

Ustedes trabajaron, pero la plata la pusimos las mujeres.

La discusión, en la asamblea de las mujeres de Dalweye, sigue un rato entre risas. Se han reunido, esta mañana, en la *hirara* —el “lugar de las palabras” en lengua djerma— bajo el árbol de

mango, y discuten las cifras del último ejercicio. La presidenta les muestra la libreta de ahorro donde consta que tienen 821.930 francos en efectivo y 153 bolsas de cien kilos de grano.

Mariama está sentada entre ellas. Se incorporó hace siete años, en el momento de la construcción del depósito, y ahora comparte todas sus actividades: charlas, debates, cursos de formación y alfabetización. Cuando llega la “soudure”, Mariama suele comprar grano: las mujeres de Dalweye decidieron hace unos años que ya no prestarían, porque a menudo la devolución se demoraba demasiado y eso creaba problemas.

En 2005, la electricidad llegó a Dalweye. Antes, la noche en el pueblo era sombría y silenciosa; ahora ya no tienen que irse a dormir cuando oscurece. Y el molino funciona mejor, y algunos tienen incluso un refrigerador para

enfriar agua y venderla. Mariama sólo usa la electricidad para iluminar su casa con un par de lamparitas: no tiene ningún otro aparato.

Aquel año, además, Mariama tuvo su primer hijo varón, y sintió un gran alivio. Un varón puede ayudar a su padre en el campo y, cuando contrae matrimonio, no abandona la casa sino que trae a su esposa: entonces su madre le deja su trabajo a la nuera y puede, por fin, descansar. Un hijo varón es fuerza de trabajo y garantía de retiro. Y Mariama sabía que las mujeres que no tienen varones pueden ser desdeñadas por sus maridos. Es más: si pueden, los hombres piensan en tomar una segunda esposa, porque nunca se creen responsables por no tener hijos varones.

La vida de Mariama es casi siempre igual. Se levanta con el sol cada mañana, va a buscar el agua al pozo, prepara el desayuno, manda a sus hijos a la escuela, limpia el polvo del patio, muele el mijo, charla con sus parientas, prepara la bola del almuerzo, se la lleva al marido, cultiva su pequeña parcela de gombo, lava la ropa, vigila a los chicos, prepara la cena, se acuesta. Y a veces va a vender cuscús a la salida de la escuela.

¿Hay algún día en que no trabajes?

No, ¿por qué?

Preguntaba.

No. Solamente cuando estoy enferma, pero fuera de eso no, no hay ni un solo día en que no trabaje.

¿Y te gustaría?

Sí, me gustaría, pero sé que nunca lo voy a tener. Bueno, quizá cuando mis hijos sean grandes, pero antes no, seguro.

Mariama piensa que si los chicos aprenden a leer y escribir, si aprenden algo de francés, quizá cuando sean grandes tendrán un oficio y, quizás, incluso, puedan mantenerla.

¿Conoces Niamey?

He ido, sí, para ver parientes. Me gusta mucho. Hay rica comida, y se ve que la gente está bien alimentada. Ahí la gente es linda, limpia, les brilla la piel, tienen ropa bonita. Los pobres de la ciudad están mejor que los ricos de acá.

¿Te gustaría vivir ahí?

Sí, claro.

¿Por qué no lo intentas?

Porque no tenemos plata para vivir ahí.

Ahí se necesita mucha plata, porque todo hay que pagarlo: la madera, el agua, la comida, ahí todo se vende.

Y si un día viniera un mago y te dijera que puedes ser lo que quisieras y hacer lo que quisieras, ¿qué elegirías?

Lo que yo quiero es tener plata de verdad para comprar unas vacas y engordarlas, plantar especias y venderlas en el mercado, tener un refrigerador para poner agua y venderla, empezar a hacer negocios en serio. Eso es lo que yo elegiría. Saber que no voy a pasar hambre.

SEQUÍA Y DESERTIFICACIÓN

CULTIVAR UNA TIERRA MÁS CÁLIDA

En el próximo siglo, es probable que las regiones del mundo que experimentan regularmente sequías y olas de calor sufran con mayor frecuencia condiciones meteorológicas extremas a causa del cambio climático. Además, se estima que la vulnerabilidad a las sequías, tanto en los países en desarrollo como en los desarrollados, será mayor de lo que se creía, a partir de la observación de eventos recientes.¹

Como nos muestra la historia de Mariama, muchas mujeres asumen tareas agrícolas a una edad temprana. Pero su historia también demuestra que hay formas de salvaguardar la disponibilidad de semillas y alimentos y a la vez empoderar a las mujeres, incluidas las jóvenes. Esto es importante, ya que los expertos afirman que el manejo de las tierras secas sólo será exitoso cuando hombres y mujeres participen plena e igualitariamente en el trabajo.²

Que la tierra sea más seca afecta tanto a las poblaciones rurales como a las urbanas, y el impacto es más difícil de mitigar para los pobres y los que viven en tierras secas. La agricultura no sólo sufrirá menores rendimientos, debido a la mayor pobreza de los suelos, la falta de agua y los daños a las cosechas, sino también amenazas tales como el aumento en la mortalidad del ganado e incendios forestales más frecuentes. Las ciudades sufrirán la falta de acceso al agua y su contaminación, que acarrearán problemas sanitarios así como escasez de agua para la industria y la construcción. La población urbana puede esperar el aumento de las sequías y las olas de calor, ya que las ciudades son más calurosas que las áreas rurales cercanas. El riesgo de propagación de enfermedades transmitidas por el agua y la comida también aumenta.³

Las pérdidas ocasionadas por sequías y olas de calor más intensas y frecuentes serán tanto humanas como económicas. Si bien no todas las sequías actuales están ligadas al cambio climático, analizar sus efectos da una pista de por qué es esencial la mitigación. En África occidental, las sequías prolongadas han forzado a algunos pueblos nómades a establecerse, transformando de manera radical formas de vida centenarias y obligando a la gente a aprender nuevos métodos para labrar la tierra y cuidar el ganado. Si bien podría no haber alternativas a un cambio de ese tipo, son decisivas las iniciativas para fortalecer las capacidades de esas poblaciones antiguamente nómades, y es necesario que tales iniciativas sean sensibles a lo que el cambio podría significar en términos culturales.

Sequías y olas de calor más intensas y frecuentes también pueden tener amplios efectos en la biodiversidad y la desertificación. La desertificación, es decir la degradación de la tierra en zonas áridas, semiáridas y subhúmedas secas (y no la expansión de los desiertos existentes), sucede cuando interactúan varios factores: uno es la remoción de árboles y plantas de la tierra (para utilizarlos como combustible o dar paso a actividades agropecuarias, nuevas construcciones o expansión urbana), en la medida en que ya nada retiene la capa de suelo. Otro es la erosión del suelo producida por los rebaños de ganado. Un tercer factor es la sobreexplotación del suelo por la agricultura.⁴

Todos estos factores se relacionan con la pobreza y con la falta de capacidad para explotar la tierra de manera sostenible. Alrededor de 90 por ciento de los habitantes de tierras secas del mundo viven en países en desarrollo. La erosión producida por el viento y el agua agrava el proceso, transformando la tierra en una mezcla de arena y polvo.

Las sequías y las olas de calor extienden el proceso. En la actualidad, 40 por ciento de las tierras del planeta están amenazadas por la desertificación.⁵

La desertificación no sólo acarrea problemas en términos de escasez de alimentos, tormentas de arena o trastornos en los cursos de agua; también es un problema serio en términos de seguridad. La desertificación puede provocar crisis en regiones caracterizadas por el hambre, los disturbios políticos y civiles, la migración y la guerra.⁶ También tiene una dimensión de género: tradicionalmente, el trabajo agrícola en las tierras secas está fuertemente diferenciado por género, y las mujeres asumen una gran responsabilidad en la búsqueda y preparación de alimentos. Por lo tanto, el estatus y los medios de subsistencia de las mujeres están en peligro cuando las sequías y la desertificación amenazan el acceso al alimento. El estatus socioeconómico de las mujeres es, por lo tanto, un componente que debe ser incluido en el trabajo que apunte a la adaptación a los efectos de la sequía y la desertificación y su mitigación.⁷ Además, para que los cambios sean aceptados por la comunidad como un todo y se mantengan, es esencial que tanto los hombres como las mujeres se involucren en iniciativas que cambien potencialmente la dinámica de poder. Las experiencias de Mariama son un buen ejemplo.

El término "sequía" puede aludir a una sequía meteorológica (una precipitación bastante por debajo del promedio), hidrológica (bajo caudal fluvial y bajos niveles en ríos, lagos y aguas subterráneas), agrícola (baja humedad del suelo) o ambiental (una combinación de las anteriores). El impacto de una sequía depende del comportamiento humano, por ejemplo de cómo se utiliza el suelo, cómo se explotan los recursos hídricos y el tamaño de la población que vive de una fuente de agua específica.⁸



Messias

PRESIDENTE DE UNA COMUNIDAD AMAZÓNICA
PIONERO DE LA PERMACULTURA

Todo empezó como una broma: “Este chico habla tanto que debería ser presidente; sí, no para, es un pez saltando en el barro”, decían los mayores. Pero, de chiste en chiste, empezaron a tomarlo en serio y, con el tiempo, Messias, de 12 años por entonces, el quinto hijo de Maria y Raimundo, fue elegido presidente de la comunidad de Sant’Antonio, en la isla de Urubú, municipio de Boa Vista do Ramos, estado de Amazonas, Brasil.

La Amazonia es la mayor reserva verde del planeta: cinco millones y medio de kilómetros cuadrados –repartidos entre Brasil, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela y las Guayanas– que albergan una parte importante de la biodiversidad del mundo, y reabsorben grandes cantidades de CO₂ y aminoran el efecto invernadero. La Amazonia también tiene una gran influencia en el clima de todo el continente. Pero en los últimos 40 años la deforestación para plantar soja y criar ganado arrasó más de medio millón de kilómetros de selva.

Messias nació el 5 de diciembre de 1984 –“¿o sería el 83?, la verdad, no recuerdo”– en

un rancho de techo de paja junto al río; su padre trabajaba para un terrateniente de la región. En un mundo donde la mayoría son colonos recién llegados, los padres de Messias eran amazónicos, hijos de amazónicos, caboclos sin tierra. Messias creció viendo partir a sus hermanos: la plata no alcanzaba y, uno a uno, tuvieron que salir a buscarse la vida. Trabajaban de marineros en el río y siempre mandaban algo a casa. Messias se convirtió en una especie de hijo único; su padre, analfabeto, lo llevaba a trabajar la tierra con él y siempre le decía que no debía depender de los patronos o de los comerciantes: que para ser libre tenía que ser capaz de producir su propio alimento. Así que algunas noches se iban al monte a cazar venado, tatú, paca, tapir –que entonces abundaban– y le enseñaba todo sobre las plantas y los animales. Otras veces iban a pescar con arco y flecha –“sí, como los indios”–, con red o con arpón. Cuando Messias empezó la escuela ya sabía mucho sobre el río, la selva y las cosechas.

Urubú es una zona retirada, aislada, sin acceso terrestre: pocos barcos llegan hasta allí.

No había electricidad y las personas vivían –todavía viven– al ritmo de la luz natural. Messias tenía seis o siete años la primera vez que sus padres lo llevaron a una ciudad, para que lo atendiera un médico. Estaba asombrado: nunca antes había visto una calle asfaltada, un coche, casas de dos pisos, luces, esos mercados llenos de objetos y frutas y verduras.

En esos días, también, Messias vio por primera vez ese bicho tan raro que sus vecinos más ricos habían traído de lejos: un televisor. Los lugareños maravillados se reunían frente al aparato a mirar el fútbol. Cada uno ponía unos centavos para pagar el gasoil del generador; los que no los tenían también podían mirar por la ventana. Pero todos querían pegar la nariz a la pantalla.

Fue una novedad increíble. Antes todo era radio, radio y más radio. Uno sólo podía oír pero no conseguía ver nada.

El fútbol era importante en su vida: cada sábado y domingo todos los miembros de la comunidad se juntaban alrededor de la cancha

para un partido, un poco de música, las charlas y algunas cervezas. Messias ya tenía 12 años y se la pasaba hablándoles: les decía que debían producir su propia comida para no depender de las ciudades, que podían cultivar más cerca de sus casas para no caminar tanto. En la Amazonia suele usarse un sistema de quema y desmonte que produce gran cantidad de CO₂, lo cual contribuye al calentamiento global y agota muy rápido el suelo. Según este sistema, cada parcela se puede usar dos años y, después, debe quedar en barbecho durante seis o siete, de modo que los campesinos no cosechan todo lo que precisan. De hecho, en “el gran pulmón verde del mundo”, el 80 por ciento de los alimentos viene de fuera.

“...les digo que tenemos que cuidarlo, porque no somos sólo nosotros, el mundo entero necesita a la Amazonia.”

Los vecinos de Messias lo escuchaban: en las siguientes elecciones, Messias derrotó a una de sus primas –en la isla todos son más o menos parientes– y fue elegido presidente de la comunidad.

El presidente es el que organiza el funcionamiento de la comunidad y su relación

con las autoridades. También cuida el patrimonio común, mira si cada vecino contribuye, organiza la fiesta del santo patrón, garantiza la limpieza, controla el trabajo de los maestros, media entre los vecinos. Muchos preferían hacer las cosas bien antes que pasar por la vergüenza de que los retara un chico como yo...

Al principio Messias tenía miedo de hacerlo mal o de que no le hicieran caso; poco a poco aprendió y se fue tranquilizando. Eran tiempos difíciles: el patrón de su padre lo había echado, tras 40 años de trabajo, sin la menor explicación. Raimundo le inició un juicio pero, mientras tanto, les faltaba la plata: Messias se fue a trabajar a otras haciendas, pescaba para comer, se desesperaba.

Cuando tenía 18 años su amiga quedó embarazada y tuvieron su primer hijo, pero Messias no quiso mudarse con ella. Para entonces su padre había recibido como indemnización la tierra donde siempre habían vivido, y Messias pudo entrar en la escuela agrotécnica de la isla. Allí conoció a la gente del Instituto de Permacultura do Amazonas, con base en Manaus, que quería empezar un proyecto en el interior.

La permacultura – o agricultura permanente – es la ciencia de lo obvio: observar la natu-

raleza para aprender de ella cómo producir alimentos sin destruirla –dice Carlos Miller, quien fundó, junto con Ali Sharif, el Instituto en 1997.

Significa pensar sistemas de cultivo sustentables, donde todos los elementos se relacionan y ayudan entre sí, porque todo está conectado: la permacultura no se trata del suelo, el árbol, la lluvia, el sol, los animales, sino de las conexiones entre todos ellos. Siempre decimos que ningún elemento tiene una sola función: todos tienen varias, y hay que saber combinarlas. La idea es crear una nueva ecuación de riqueza en la Amazonia que permita preservar la región: una riqueza que no signifique destruir.

Hasta ese momento Miller había trabajado en ONG ecologistas que, para preservar ciertas áreas, las vaciaban:

Yo estaba incómodo: no podía ser que para salvar una tierra hubiera que echar a las personas que vivían en ella. Cuando me encontré con la permacultura, pensé que podía ser una solución. El hombre cuando planta saca todo lo que hay y planta en ese vacío. El bosque amazónico hace lo contrario, porque está asentado sobre un suelo muy pobre en nutrientes, y necesita vivir

de sí mismo, de su propia descomposición. Nosotros lo copiamos, y usamos abonos naturales y mezclamos distintas plantas que se ayudan unas a otras para crecer sin arruinar el medio ambiente.

Messias se entusiasmó: le pareció que allí podía haber un camino para su gente. Miller le dijo que siguiera la escuela y le demostrara que su interés era auténtico. Cuando se recibió, en octubre de 2004, fue a terminar su formación en el Instituto de Manaos, que estaba preparando –en colaboración con el municipio de Boa Vista– su Proyecto “Casa Familiar Rural” en la isla de Urubú. El Proyecto estaba dirigido por Genice, una mujer joven de origen indígena. En 2006, Ali y Carlos lo invitaron a sumarse.

Ahora, el Proyecto es una gran cabaña en medio de una hectárea –una sola hectárea– repleta de recursos: más de cien variedades de plantas productivas –maíz, mandioca, caña de azúcar, arroz, cebolla, banano, café, ananá, aguacate, castaña, maracuyá, guayaba, açai y tantos más–. Hay también un vivero para criar más plantas; criaderos de gallinas y de codornices que producen huevos y abono; un sistema para recuperar y filtrar el agua de lluvia; paneles de energía solar; un WC para producir abono. Hay un estanque para criar peces y, pronto, habrá un chiquero cuyos detritus se transformarán en gas metano. El Proyecto tiene que

sostenerse y tiene, sobre todo, que funcionar como un modelo para ayudar al desarrollo comunitario, mostrándoles a los vecinos que pueden sobrevivir sin tanta pérdida de energía, de tiempo, de recursos naturales.

No es fácil, porque ésa es su cultura: quemar, plantar y pescar. Cuando les dices que se puede producir sin quemar, sin arruinar la naturaleza, algunos te tratan de loco, de ignorante –dice Messias, sentado a la entrada del mismo rancho donde siempre vivió.

Uno de los problemas, dice, es que las comunidades de la zona están demasiado acostumbradas a la ayuda pública. Hace unos meses, por ejemplo, el Proyecto le regaló un gallinero lleno de animales a una comunidad cercana. Poco después los vecinos vendieron las gallinas y pidieron que les compraran más.

Son tan dependientes. Sin alguien que los empuje se pasan el día mirando el cielo, dejando pasar el tiempo. Yo trato de explicarles que tienen que hacer las cosas solos, por sí mismos, pero aun así sigo siendo yo quien les digo que las hagan así. Pero ése es nuestro papel aquí: mostrarles que no es necesario quemar para arrasar el monte o pescar con redes. Y algunos lo van entendiendo, lo van poniendo en práctica. Hay



más gente que ya no quema el monte, pescan con más cuidado. Prohibieron pescar en ciertos lagos. Empezaron a hacer huertas, plantar frutales, criar abejas. Y la idea es que esta región del río Urubú sea un ejemplo para otras comunidades, que vean cómo mejoran nuestras vidas y lo puedan aplicar y divulgar en su zona.

Messias sigue entusiasmado, pero sabe que hay muchos que se oponen al modelo: los hacendados, porque quieren tener más tierras para echar más ganado; los comerciantes, porque si los campesinos produjeran su comida dejarían de comprársela. Por eso Messias intenta que el gobierno lo ayude y trata de explicar a sus paisanos que si no preservan la naturaleza van a perder todo:

que preservar la naturaleza es su deber de amazonenses, porque la degradación de la selva tiene consecuencias para todos.

Ahora todos sabemos que en muchos países de África hay terribles sequías y la gente tiene hambre, entonces yo les explico que es porque las generaciones pasadas no pensaron en las presentes: se olvidaron de que sus hijos, nietos, bisnietos iban a necesitar la naturaleza, y siguieron destruyendo el bosque, por eso ahora están así. Además el mundo precisa respirar el aire puro que tenemos aquí, entonces yo les digo que tenemos que cuidarlo, porque no somos sólo nosotros, el mundo entero necesita a la Amazonia.

Pero cuando alguien tiene hambre y piensa que quemando va a conseguir comida, no suele preocuparse por el aire de los italianos o los chinos.

Bueno, antes no se preocupaban. Ellos pensaban si yo tengo, qué me importa el que no tiene. Pero ahora en nuestra región tienen una visión diferente, porque saben que mucho del trabajo que estamos haciendo acá depende del dinero de otros países. Entonces yo les digo que si ellos nos ayudan, nosotros tenemos que ayudarlos

a ellos. Hay que dejar de pensar en uno mismo todo el tiempo y entender que cuando se quema hay mucho carbono que se va a la atmósfera y la arruina. Por eso el clima está cada vez más loco, y, si sigue así, ¿adónde vamos a ir a parar?

Messias vive de sus cultivos, de sus 470 panales de abejas y de su sueldo en el Proyecto. Sigue jugando al fútbol todos los fines de semana y detestando las ciudades:

No soporto el ruido, el estrés. Aquí estoy tranquilo, respiro buen aire. Si quiero comer, pesco. No tengo puertas que cerrar, no tengo miedo de que nadie me asalte. Yo a la ciudad voy para conseguir algún conocimiento que me pueda traer para acá, para mi gente.

Mientras tanto tuvo otro hijo con la misma mujer, “su amiga”. En la región la mayoría de las mujeres tiene muchos hijos, porque nadie les habla de planificación familiar:

Es un círculo vicioso. Para poder alimentar a tantos chicos con el sistema de quema y desmonte se deforesta más, se destruye más naturaleza. Entonces la tierra deja de producir comida y esos chicos cuando crecen no tienen qué comer. Para ayudar a preservar la

naturaleza sería muy útil una buena planificación familiar.

En estos días a Messias le han ofrecido una candidatura de concejal en el gobernante Partido de los Trabajadores, y no sabe qué hacer. Él hace política social, dice, no política partidaria, y querría seguir así porque la política partidaria está llena de plata sucia, arreglos, presiones, corrupción... Pero si quiere cambiar realmente las cosas quizá tenga que meterse en un partido, dice, y, por primera vez en mucho tiempo, no sabe cuál será su próximo paso.

SELVAS

HOGAR AMENAZADO DE PUEBLOS INDÍGENAS

Entre 2000 y 2005, la pérdida anual mundial de bosques superó los siete millones de hectáreas, o el 0,18 por ciento de la superficie forestal mundial.¹ La deforestación afecta a más de mil millones de personas en todo el mundo, de las cuales la mayoría viven en países en desarrollo.²

Los bosques pluviales en particular producen oxígeno y retienen carbono, y así mitigan el impacto de las emisiones de este gas en el cambio climático.³ Desafortunadamente, estos bosques también están amenazados por la deforestación. En Amazonia, se prevé que la deforestación reduzca las precipitaciones, ya que la mitad de éstas son generadas por la selva misma, a través de la evapotranspiración de los árboles. La pérdida de precipitaciones podría alcanzar el 20 por ciento, lo que llevaría a futuros períodos secos, temperaturas superficiales más altas y cambios en la estructura de la selva.⁴

La deforestación es un factor que contribuye al cambio climático, y a su vez el cambio climático amenaza con acelerar la deforestación. Si bien hay muchos esfuerzos en curso para detener la pérdida inmediata de bosques como resultado de la deforestación, los efectos a largo plazo del cambio climático sobre los bosques se están volviendo cada vez más difíciles de evitar. A medida que la temperatura mundial aumenta, los ecosistemas forestales corren el riesgo de ser desplazados, ya que las mayores temperaturas desplazarán las zonas climáticas aptas para la vegetación templada y boreal. La evidencia indica que la migración de especies vegetales se ha producido históricamente a un ritmo de 20 a 200 kilómetros por siglo. En la actualidad, la migración hacia el norte de las zonas climáticas aptas para la vegetación templada y boreal podría llegar a ser del orden de los 200-1.200 kilómetros para el

año 2100, lo que significa que las plantas corren el riesgo de quedar rezagadas.⁵

Cambios como este han sucedido durante toda la historia de la Tierra, pero con el calentamiento global la velocidad a la que se producen aumenta drásticamente, lo que no permite que el suelo y los ecosistemas se adapten de la manera en que lo han hecho en el pasado.⁶ En las regiones orientales de la Amazonia, el aumento de la temperatura llevará muy probablemente hacia la mitad del siglo XXI a una disminución de la cantidad de agua del suelo, lo que a su vez hará que el bosque tropical se transforme gradualmente en una sabana.⁷ Para los países en desarrollo, mitigar los efectos del cambio climático en las áreas deforestadas plantea grandes desafíos, debido a la pobreza y a las restricciones institucionales. En muchos países, los actores públicos, privados y no gubernamentales carecen de recursos adecuados para enfrentar los problemas, con el riesgo de una espiral continua de efectos negativos que serán aún más difíciles de contrarrestar. Rara vez se ponen en marcha mecanismos que puedan proveer incentivos financieros a prácticas alternativas a la tala de bosques.

Además de los cambios ecológicos, la deforestación y el cambio climático también afectan directamente a los pueblos indígenas que habitan los bosques pluviales de todo el mundo. Los pueblos indígenas enfrentan problemas no sólo en cuanto a efectos tales como la amenaza a las cosechas y las tierras tradicionales debido a las condiciones meteorológicas extremas; también en cuanto a la influencia política, en la medida en que sus selvas se politizan gradualmente por los esfuerzos de frenar la deforestación y el cambio climático.

Si bien sus derechos son crecientemente reconocidos, en particular a través de la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas, adoptada en 2007, los pueblos indígenas son a menudo ignorados o marginados sistemáticamente de la toma de decisiones vinculadas a los bosques en los que viven.⁸ La exclusión de los pueblos indígenas proviene tanto de las instituciones y los programas estatales como del sector privado, y podría llevar a la pérdida del conocimiento tradicional sobre los bosques.

Los niños y los jóvenes son afectados particularmente por la deforestación, en el corto y el largo plazo. La deforestación y otros usos no sustentables de los bosques aumentan la cantidad de pobres y la cantidad de personas que enfrentarán en el futuro la pobreza. Esto afecta directamente las decisiones que toman los jóvenes, y un ejemplo es la amenaza a la posibilidad de ir a la escuela.⁹ A medida que los efectos del cambio climático sean más fuertes, los jóvenes indígenas que viven en bosques pluviales tendrán que manejar la respuesta a los desafíos futuros. Para que puedan hacerlo, se los debe capacitar para participar plenamente en el trabajo que ya se está llevando a cabo. Por lo tanto, los esfuerzos para frenar el cambio climático y su efecto en los bosques tropicales deben incluir estrategias para aumentar la asistencia a la escuela y mejorar los medios de subsistencia de los jóvenes.



Kilom

NOBLE MARSHALÉS:
NO ABANDONAR LA ISLA

Cuando Kilom tenía ocho años le gustaba escuchar las historias que le contaba el viejo en su cabaña junto al mar. En Majuro son muy pocas las casas que no están junto al mar: Majuro es un atolón, una isla coralífera formada por un círculo de tierra estrecho e incompleto que rodea una laguna. Su ancho no suele superar los 100 metros entre costa y costa: 40 kilómetros de largo para una superficie de 10 kilómetros cuadrados.

Majuro es la capital de la República de las Islas Marshall, en la Micronesia, ubicada a miles de kilómetros de cualquier continente. La república consiste en un conjunto de 29 atolones que incluyen más de 1200 islas e islotes con un total de tierra firme que no llega a los 200 kilómetros cuadrados. Sólo unas 70.000 personas viven en las Islas Marshall. Unos años antes, cuando Kirom tenía seis años y estaba en primer grado, él y todos los chicos habían tenido que desfilar por la calle principal —y única— de la isla con muchos otros; las banderas flameaban, sonaba música: ese día, 21 de octubre de 1986, las Islas Marshall se independizaron y se

convirtieron en una república, un Estado Libre Asociado a los Estados Unidos.

El viejo le contaba historias de las islas, sus mitos, sus costumbres. Una tarde, el viejo le contó que él, Kilom, algún día podría heredar esa tierra. Le contó que él era un *allab*, un noble, porque su madre, Takbar, era una *le-iroij*, una reina, y que por eso tenía que ser todavía más fiel, más respetuoso de su tierra y de sus tradiciones. El padre de Kilom, Molik, era hijo de un mercader japonés que había llegado en los años veinte, cuando Japón ocupó las islas. Después de la derrota de Japón en 1945, el abuelo de Kilom se había ido para no volver. Pero en la cultura marshalesa la sangre y las posesiones se transmiten a través de la madre, y su madre era en efecto una *le-iroij*; la palabra, en marshalés, significa “todos”: el rey o jefe era el que debía responsabilizarse por todos los demás. Kirom averiguó que, siglos atrás, los ancestros de su madre habían llegado desde una isla, Mili, que todavía pertenece a su familia. Habían conquistado tierras en Majuro y en otras islas del archipiélago. Kirom ya quería a su país pero, desde ese momento, se sintió ligado a él de una forma casi sobrenatural.

Me siento muy apegado a esta tierra. La tierra es para nosotros muy importante, es un regalo precioso. Nuestra tierra es muy limitada, así que realmente debemos cuidarla mucho, pelear por ella.

Kilom creció; la vida era tranquila. La isla entonces tenía muchos menos habitantes, menos casas. Kilom solía bajar a una playa justo frente a su casa, donde ahora hay un depósito y un muelle. Durante la semana Kilom iba a la escuela, jugaba al básquet o al béisbol, estudiaba. Los sábados y domingos, además de a la iglesia, se iba a pescar a las islas vecinas, salía a pasear con amigos o con alguna amiga. Pero tenía que estar de vuelta en casa a las diez de la noche. Los mayores, entonces, seguían ejerciendo una autoridad bastante estricta.

Sin computadoras, con muy poca televisión, el mundo exterior estaba lejos. Aunque les producía, de vez en cuando, sobresaltos, como esos días de 1990 en que empezó la guerra del Golfo y los marshaleses se asustaron: su mayor atolón, Kwajalein, es una pieza

importante en el sistema misilístico estadounidense y, por un tiempo, los isleños temieron un ataque.

Tiempo después, Kilom se encontraría con otras palabras que definirían su vida. Estaba en los últimos años de la escuela primaria cuando escuchó hablar, por primera vez, del cambio climático y del ascenso del nivel del mar, pero no le pareció importante. Esos extranjeros que decían que las Islas Marshall se hundirían en el mar debían estar bromeando. Años más tarde, cuando terminaba el colegio secundario y debía decidir qué estudiar, volvió a encontrarse con esas palabras, y entonces sí le parecieron decisivas. Si era verdad que el océano crecería

“Siento que este lugar es parte de mí y yo soy parte de él. Es triste imaginarlo, pero va a suceder: en la actual situación no podemos hacer mucho.”

como algunos pensaban, su país realmente terminaría por desaparecer. Kilom pensó que tenía que hacer algo; para empezar, decidió estudiar biología marina.

Me di cuenta de que, para nosotros, el ascenso del nivel del mar era una cuestión

de vida o muerte: si la isla se hundiera, nosotros sencillamente desapareceríamos como país, como pueblo, como cultura.

Un año después, a sus 20, Kilom se enteró de que el gobierno japonés ofrecía una beca de estudios. Se interesó: era una buena oportunidad para aprender cosas nuevas y para enterarse de cómo era esa otra cultura que también corría por sus venas. Fue elegido; viajó y estudió ingeniería civil. La vida en Tokio no fue fácil: tuvo que aprender el idioma y, sobre todo, a vivir en una sociedad hipertecnológica, que trabaja intensamente, en una ciudad enorme donde tenía que viajar 45 minutos en un vagón atestado cada madrugada hasta la universidad; en un país donde existía, por ejemplo, el frío. Pero hubo recompensas: vio la nieve por primera vez, aprendió mucho y, sobre todo, conoció a Jane, una joven samoana que también estudiaba en Japón. Cuando terminaron sus carreras, Kilom y Jane viajaron a Samoa, donde se casaron y tuvieron su primer hijo. Seis meses después, ya estaban en Majuro.

Cuando volvió a las islas, con la distancia que da la distancia, Kilom empezó a reconocer los cambios que habían sufrido su país y su cultura en las últimas décadas: el ejemplo más visible era la comida. Por muchos años, los marshaleses se habían alimentado sólo de lo

que tenían: pescado, mariscos, frutos del árbol del pan, taro, coco, batata, banana, mandioca, caña de azúcar, pollo, cerdo. Pero los japoneses les dejaron la costumbre del arroz y los fideos, y los norteamericanos la del pan, y ahora tienen que importar estas y casi todas las demás cosas: comida, bebida, ropa, cuadernos, alfileres, detergentes, televisores, platos y cubiertos, medicinas y, sobre todo, combustibles para transporte y electricidad.

Más que nada, piensa Kilom, lo que cambió la cultura marshalesa fue la llegada del dinero, que no existía en las islas. Las personas solían compartir lo poco que tenían —un pescado, unas verduras, el trabajo necesario para construir una casa o una canoa—, pero después se volvieron codiciosas. También vio otros problemas:

La isla se desarrolló y eso es bueno, pero ese desarrollo no estuvo bien planificado, así que ahora tenemos que enfrentarnos a problemas sanitarios, ecológicos y de salud. El crecimiento demográfico fue muy rápido y la infraestructura no alcanza. Pero sigo sintiéndome orgulloso de ser marshalés. Somos un pueblo inventivo que llegó a esta isla hace mucho tiempo y que creó nuevos modos de vivir aquí. Nos consideran entre los mejores navegantes del mundo; nuestra gente era capaz de navegar en sus canoas cientos de millas, sin ningún instrumento.

Los marshallenses somos parte de esta tierra y de este mar.

Y a Kilom lo empezó a obsesionar su viejo tema: el cambio climático y el ascenso del nivel del mar. Kilom se integró a una ONG con la que ya había colaborado antes, la *Marshall Islands Conservation Society*. Así que empezó a trabajar en el asunto a tiempo completo:

Una parte de mi trabajo consiste en abogar por la protección del arrecife coralífero y de nuestros recursos marinos. Si los perdemos, estamos condenados: perderemos nuestra fuente de ingresos y la posibilidad de incrementar la actividad turística. Pero, sobre todo, cuando los corales están sanos crecen muy rápidamente, más rápido quizás de lo que asciende el nivel del mar, así que los arrecifes podrían prolongar nuestro tiempo sobre el agua.

¿Realmente piensas que la isla se puede hundir?

Bueno, hasta ahora los especialistas ignoran cuán rápido se produce el ascenso del nivel del mar, así que por el momento lo único que podemos hacer es ayudar a que el coral crezca más sano y más rápidamente para que nos dé protección contra las olas



y más alimento. Pero no lo sé... Si el nivel del mar asciende rápidamente, todo esto es poca cosa y no cambiará nada.

Un mecanismo que suele usarse para detener la erosión del suelo es plantar árboles en la costa; en Majuro es muy difícil, porque casi toda la costa está ocupada por casas y familias y no queda mucho espacio libre para plantar árboles. Cerca del aeropuerto, el gobierno ha construido unos pocos malecones para frenar el agua, pero los hace con caliza que saca –dinamita mediante– de los arrecifes de coral. Al debilitarse y disminuir la estructura de los arrecifes, la isla queda más expuesta a los

vientos, las tormentas, las inundaciones. En diciembre de 2008, por ejemplo, una marejada inundó la isla. Miles de personas tuvieron que dejar sus casas y el gobierno debió declarar la emergencia el día de Navidad. Ahora se ven, en esa costa, desparramadas en la arena, las lápidas de un cementerio que fue barrido por las aguas.

En la isla no hay materiales de construcción, entonces si uno quiere reforzar una parte de la isla debe sacrificar otra parte.

Además hay unos bloques de cemento que se llaman *rib raps*, que son más fuertes y

eficaces pero muy caros y su gobierno no tiene dinero para comprarlos. De todos modos, son soluciones provisionarias, que pueden funcionar sólo unos años.

Sé que llegará el momento en que esta isla quede bajo el agua. No sé qué le ocurrirá a nuestra gente, a nuestra forma de vida. Ya no habrá un idioma marshalés, una cultura marshalesa, y eso es muy duro para mí, porque me siento muy ligado a este lugar. Lo amo y lo considero mío.

¿Pero crees que es inevitable?

Es inevitable. Está ocurriendo: los cascos polares se están derritiendo con rapidez y en la misma medida asciende el nivel del mar. Es posible demorar el proceso, pero tarde o temprano quedaremos bajo el agua. Quizás en cien, en doscientos años, quién sabe. Pero en lo que a mí respecta, si eso sucediera durante mi vida, preferiría morirme con la isla antes que ir a cualquier otro lugar. Me hundiré con el barco, porque siento que este lugar es parte de mí y yo soy parte de él. Es triste imaginarlo, pero va a suceder: en la actual situación no podemos hacer mucho. Imagina qué pasaría si tu país fuera a desaparecer bajo el agua.

El punto más alto de Majuro está a tres metros sobre el nivel del mar. La amenaza, aquí, está presente todo el tiempo.

¿Qué piensas de la gente de otras islas amenazadas que están buscando tierra en otras partes, como los tuvaluanos o los maldivos?

Bueno, incluso algunos marshaleses preferirían irse a los Estados Unidos. No todos somos iguales.

En las Islas Marshall hay mucha pobreza, mucho desempleo, y muchos jóvenes no piensan como Kilom prefieren irse mientras puedan y —gracias a la libre asociación— tienen derecho a vivir en los Estados Unidos. En los últimos meses, por ejemplo, hubo un programa por el cual empresarios hoteleros norteamericanos contrataron a 800 jóvenes de Majuro para trabajar en sus establecimientos. En una población de 25.000, la partida de 800 jóvenes es un golpe importante.

En cuanto a mí, en este lugar moriré. Mi abuela, mi tatarabuela, todos están enterrados aquí, así que yo también seré enterrado aquí. No puedo imaginarme la vida en otro país por mucho tiempo. Pero es muy difícil pensar que todas las cosas por

las que trabajas, por las que peleas, desaparecerán. A veces me pregunto: “¿Por qué hago esto, por qué hago aquello?”

¿Y qué te contestas?

Que es mejor hacer algo, incluso en estas condiciones, antes que nada en absoluto. Y, de todos modos, haré tanto como pueda para retrasar el hundimiento de mi tierra. Al menos lo habré intentado, y ése es mi deber.

ISLAS PEQUEÑAS

MARES QUE CRECEN Y ELECCIONES

Si bien se prevé que el cambio climático afectará de alguna forma a todos los países, los pequeños Estados insulares enfrentan algunas de las mayores amenazas. El hogar de los habitantes de zonas bajas e islas pequeñas podría volverse inhabitable en el próximo siglo debido al ascenso de los niveles del mar, las tormentas tropicales y otros fenómenos provocados por el cambio climático.¹ Al tiempo que enfrentan estos riesgos, muchos Pequeños Estados Insulares son también países en desarrollo con pocos habitantes, lo que significa que sus capacidades para prevenir, mitigar y adaptarse a los escenarios previstos de cambio climático afrontan serios obstáculos.

El ascenso del nivel del mar, que cubrirá parcial o totalmente de agua los Pequeños Estados Insulares del Pacífico, es uno de los efectos del cambio climático que más se ha discutido. Algunos países ya han comenzado a planificar la relocalización de grandes porciones de su población y, como vemos en la historia de Kilom, muchos de los que se han desplazado deciden no regresar.

La desaparición de las islas antes del año 2100 no es, sin embargo, la única preocupación para los habitantes de los Pequeños Estados Insulares. Es probable que el cambio climático intensifique algunos de los problemas ya existentes y cree situaciones graves aun antes de que las islas pequeñas se vuelvan inhabitables por el ascenso del nivel del mar. Además, si bien no se prevé que todas las islas pequeñas sean cubiertas por el agua, no obstante enfrentarán nuevas amenazas. Esto significa que, para que los Pequeños Estados Insulares que no desaparezcan bajo los mares en ascenso sean habitables en el futuro, es necesario desarrollar soluciones de largo plazo para los problemas potenciales.

Un problema que comparten los Pequeños Estados Insulares de todo el mundo se relaciona con los suministros de agua y el acceso a agua dulce. En general, el acceso al agua es escaso, y administrar el suministro limitado es parte de la vida cotidiana. Se estima que el cambio climático comprometerá aún más los recursos de agua disponibles. Esta amenaza proviene del ascenso de los niveles del mar y los cambios en las lluvias, que podrían contaminar con sal las reservas de agua dulce.² En algunos casos la reducción podría ser irreversible.

La salinización también es una amenaza para los suelos cultivables. En Micronesia, donde vive Kilom, el alimento básico es el taro, que se cultiva en zonas bajas pantanosas, vulnerables a la inundación por el avance del agua del mar, que contiene sales disueltas. Cuando el agua salada contamina el suelo, lleva hasta dos años que las lluvias normales lo limpien, y la planta de taro necesita otros dos o tres años antes de estar lista para la cosecha. Si la intrusión de agua salada producida por las olas gigantes, el ascenso del nivel del mar y las precipitaciones es más frecuente, el suelo tendrá más dificultades para recuperarse. Una pérdida tal en los cultivos es un duro golpe para las economías de los Pequeños Estados Insulares, muchos de los cuales ya dependen fuertemente de las importaciones de alimentos.

Dado que muchas islas pequeñas se encuentran en zonas tropicales o subtropicales, enfermedades como el dengue, la diarrea y la malaria son una preocupación apremiante para algunos Pequeños Estados Insulares. Si bien no hay certeza de que el cambio climático acarree un aumento en la incidencia de enfermedades, ni cómo ni dónde podría hacerlo, es un tema por el que habrá que

preocuparse si aumentan las temperaturas, el acceso a agua dulce se ve comprometido y cambian las estaciones húmedas.⁴ Otros factores, como el manejo deficiente de los residuos o la falta de infraestructura, contribuyen también a la propagación de enfermedades.

En las islas pequeñas que se encuentran en latitudes altas, se prevé que el cambio climático afecte la diversidad biológica. Islandia, un país que depende parcialmente de su industria pesquera por los ingresos por exportación que genera, tendrá que adaptarse a un posible colapso del stock de capelán, un pez forraje del que se alimentan ballenas, focas y otros predadores que se pescan comercialmente en las aguas que rodean Islandia.⁵

Los jóvenes que viven en Pequeños Estados Insulares enfrentan decisiones difíciles de cara al cambio climático que se aproxima. ¿Decidirán quedarse y hacer lo que puedan, como Kilom, o partirán para establecerse en algún otro lugar? No importa qué decidan, es probable que el cambio climático tenga efectos en las vidas de los jóvenes que viven en islas pequeñas, afectando negativamente sus medios de subsistencia, así como su salud física y psicológica. Cualesquiera sean las decisiones que tomen los jóvenes que habitan en Pequeños Estados Insulares respecto a sus vidas futuras, debemos asegurarnos de que sus opciones no sean obstaculizadas por la falta de acceso a educación, medios de subsistencia y servicios de salud.



Mandisa

ESTADOUNIDENSE: ORGANIZARSE PARA LA LIBERTAD,
RESPONDER A UN DESASTRE

Ese lunes cambiaría la vida de Mandisa y las de muchos otros. De hecho, la vida de toda Nueva Orleans, en el sur de los Estados Unidos, cambió ese lunes 29 de agosto de 2005, cuando el huracán Katrina se desató sobre la ciudad.

Mandisa había nacido en 1985 en Brooklyn, Nueva York, donde sus padres se habían mudado doce años antes. Ambos eran sureños: su madre de Carolina del Sur, su padre de Nueva Orleans. Habían viajado hacia el norte en busca de un lugar mejor para vivir: un lugar en donde ser afroamericano no hiciera todo más difícil.

Históricamente, en el Sur escasean los recursos y la inversión. En esa época, aunque legalmente había terminado, aquí el racismo seguía vivo. Y Nueva York parecía la ciudad donde los sueños podían volverse realidad.

El padre de Mandisa era médico, hijo de un trabajador portuario y una peluquera que había recibido una beca para estudiar en California; en esa época trabajaba en un hospital de Nueva

York. Su madre era una organizadora comunitaria que peleaba por los derechos de las mujeres. Cuando Mandisa tenía seis años decidieron volver a Nueva Orleans, donde estaban su familia y sus raíces, para criar a sus hijos –Mandisa tiene dos hermanos mayores– en su propia cultura. En Nueva Orleans, “cultura” es una palabra muy honda: la ciudad fue española y francesa antes de convertirse en la cuna de una de las formas culturales más importantes de Estados Unidos, el jazz.

Allí Mandisa empezó la escuela y tuvo que lidiar con algunos problemas nuevos: era corpulenta, tartamuda y afroamericana, y había chicos que se burlaban de ella.

Recuerdo que algunos chicos me decían “estás sucia, estás sucia”, entonces volvía a casa llorando y mi mamá preguntaba qué había pasado y yo le decía: “Me quiero bañar, estoy sucia”, y ella decía: “No estás sucia” y entonces me mostraba fotos de mi familia: “Mira, tu padre es oscuro, tu abuela, tus tíos, todos somos oscuros, no hay nada sucio en ti, así somos y así está bien”.

Muy pronto, Mandisa aprendió que las personas que se consideran “normales” tienden a despreciar a “los otros”, y sintió que tenía que acentuar su propia posición. En la pubertad, su grupo de amigos de la escuela estaba formado por siete u ocho compañeros cuyas identidades se basaban en ser diferentes. Cuando se reunían, hacían cualquier cosa que no estuviera de moda: jugaban ajedrez, leían libros complicados, estudiaban francés, armaban concursos de preguntas y respuestas, se negaban a ir al centro comercial. Querían demostrarles a los demás que no eran como ellos.

Mandisa también iba a una escuela de artes donde se anotó en el programa de escritura; tenía muchas actividades, pero eso no le impedía pasar un par de horas por día frente al televisor o “chatear” con sus amigos por Internet. Cuando Mandisa tenía 16 años, se enteró de un lugar que refugiaba víctimas de la violencia doméstica, y ese verano comenzó a trabajar como voluntaria en la Crescent House, una institución que da apoyo, asilo temporario, educación y asesoramiento legal a cientos de mujeres abusadas y a sus hijos. No podía

soportar la idea de que un hombre le pegara a su compañera y decidió que iba a ser abogada especialista en asuntos de familia: el refugio era un buen punto de partida.

Dos años más tarde, cuando le llegó el momento de atravesar ese ritual de pasaje tan típico de los Estados Unidos, la graduación y la visita a universidades, Mandisa eligió quedarse en Nueva Orleans para seguir con su trabajo contra la violencia doméstica. La Loyola University era una institución católica tradicional, y allí obtuvo una beca.

“... trastornó mi vida y la cambió. Y creo que le demostró a mucha gente que no tenemos que depender de que el gobierno nos salve sino construir redes sociales para salvarnos nosotros mismos.”

La lucha contra la violencia formó mi identidad feminista, por eso hice mi especialización secundaria en Estudios de las Mujeres. Pero también estaba desarrollando una identidad anti-racista muy fuerte, una identidad pro-negro. El perfil racial y la discriminación se daban simultáneamente.

En la universidad, Mandisa conoció a un montón de gente nueva: gente de otros estados

y países. Pero no pudo evitar volver a sentir que la consideraban “distinta”: como en ese Día de los Padres en que le dijeron que no usara esa camiseta que tenía impresa la cara de Angela Davis, la reconocida activista afro-americana. Manisa empezó a involucrarse en la política del campus, pero tuvo que enfrentarse al hecho de que los grupos que se oponían a la discriminación estaban fragmentados y, por lo tanto, eran menos eficaces. Los que se ocupaban de cuestiones de género o sexualidad no estaban interesados en cuestiones raciales, y viceversa. Mandisa trató de armar puentes entre los grupos, y se acostumbró a escuchar una y otra vez las mismas palabras: “Pero ése no es el verdadero problema”.

Aunque Mandisa se mudó a un departamento que compartía con algunos compañeros, empezó a cansarse del ambiente universitario: sentía que para demasiados la vida estudiantil consistía en hacer fiestas todo el tiempo, emborracharse y perder clases; no en tomar alguna responsabilidad o tratar de hacer algún aporte en el mundo. Mandisa empezó a retirarse del activismo del campus y volvió a su trabajo comunitario; en esos días, tomó una clase sobre la Teología de la Liberación que, dice, le cambió la vida: comprendió que ella veía su trabajo político en términos de “ayudar a la gente” en lugar de verlo en términos de justicia y liberación.

Se dio cuenta de que, al tratar de “ayudar” a los demás, no los estaba considerando como iguales, del mismo modo en que la gente la consideraba “distinta”.

Unas pocas semanas más tarde, en la primavera de 2005, Mandisa fue a una conferencia ofrecida por un grupo llamado *Insight* sobre “Mujeres de color contra la violencia”. Allí sintió que había encontrado un espacio que podía abordar sus inquietudes no de a una, sino en conjunto. Este grupo estaba dispuesto a relacionar cuestiones de género, raza, clase, violencia y sexo para entender el cuadro completo.

Y entonces llegó ese lunes. Los huracanes siempre existieron, pero muchos científicos piensan que su intensidad y frecuencia están aumentando a causa del cambio climático: lo que solía suceder de manera excepcional se vuelve cada vez más frecuente. El huracán Katrina era una tormenta moderada de categoría 1 cuando atravesó el sur de Florida, pero ganó fuerza al atravesar el Golfo de México debido a lo que los científicos llaman un “mecanismo reducido de frenado”: si un ciclón encuentra en su camino agua más fría, se debilita su intensidad. Por el contrario, las aguas cálidas del Golfo de México intensificaron el Katrina. Para cuando llegó al sudeste de Louisiana, el lunes por la mañana, era una tormenta de categoría 3 que barrió el sistema de protección de Nueva Orleans en cincuenta



puntos, inundando más de tres cuartas partes de la ciudad.

Aquel verano, Mandisa había empezado a trabajar en un bar en el Barrio Francés. El sábado había trabajado hasta las nueve de la mañana; estaba muy cansada cuando su madre la llamó para avisarle que venía un huracán y que tenía que abandonar la ciudad; toda la familia se iba a la casa de una tía en Atlanta. Mandisa dijo que no iba; ya tenía planes para ese día. Pero sus padres no se rindieron: finalmente, el domingo a la mañana su hermano mayor fue a su departamento para empacar sus cosas y llevarla con ellos a Atlanta.

El lunes, las imágenes televisivas no resultaban dramáticas, y Mandisa pensó que el efecto del huracán no había sido tan grave después de todo. Pero al atardecer empezó a

recibir mensajes de texto de sus amigos que le decían que los diques se estaban rompiendo y que la ciudad estaba llena de agua. También la televisión empezó a mostrarlo, y Mandisa entendió que estaba pasando algo terrible. Al día siguiente, una compañera de piso le dijo que su departamento estaba bajo dos metros de agua y que habían perdido todo; luego supo que el centro comunitario donde trabajaba estaba completamente inundado, y que la universidad no abriría por varios meses. Poco a poco, fue comprendiendo que la ciudad nunca volvería a ser la misma.

El huracán Katrina mató al menos a 1.836 personas y fue calificado como “el mayor desastre natural de la historia de los Estados Unidos”. El daño económico se estimó en más de cien mil millones de dólares. Miles y miles

de personas perdieron sus casas; durante esos primeros días, muchos habitantes de la ciudad no tenían un hogar adónde ir. Hasta hoy, muchos no han podido regresar.

Para Mandisa, todo era una gran confusión. No todos tenían la posibilidad de dejar la ciudad cuando llegó la orden de evacuación, y como en la mayoría de los desastres naturales, no se entendía nada. Mandisa estaba furiosa:

¿Cómo era posible que los periodistas pudieran entrar en la ciudad para sacar fotos de la gente muriendo, y que la gente no pudiera salir? No lo podía entender. Tampoco podía entender cómo evacuaban a los animales del zoológico antes que a las personas.

Cuando Mandisa volvió a Nueva Orleans, la pregunta que se hizo fue: “¿Cómo vivo con lo que quiero hacer en este mundo?”. Y su primera respuesta fue dedicarse al tema de la vivienda, a trabajar para que la gente desplazada pudiera vivir en lugares apropiados. Mandisa pasaba los días escuchando a las víctimas del huracán, que esperaban que los obligaran a dejar sus refugios en cualquier momento. Surgieron muchos otros problemas: la gente no podía trabajar, ya que el huracán había destruido sus lugares de trabajo, y la industria de servicios sufría grandes perjuicios

por la interrupción del turismo. También había inquietud social. Mandisa había perdido todo lo que tenía y empezó a beber, como una forma de lidiar con tantas pérdidas y crear un espacio para conversar con amigos sobre sus experiencias con el huracán:

Después del Katrina, mucha gente necesitaba servicios relacionados con la salud mental, como orientación y terapia, pero era difícil acceder a ellos. Y como dice siempre uno de mis amigos, “Un vino barato sólo cuesta un dólar con cuarenta y nueve centavos”.

En su trabajo, Mandisa se dio cuenta de que en este desastre natural, como en muchos otros, las mujeres tendían a soportar la peor parte de la carga. Son las jefas de hogar más vulnerables. Tienen que cuidar a los chicos, sufren la amenaza de ser víctimas de violencia sexual y pueden no tener acceso al cuidado médico específico que necesitan. A través de una mujer que conoció en la conferencia *Insight*, se puso en contacto con la *Women’s Health and Justice Initiative* y en 2006 comenzó a integrar un grupo que decidió establecer una clínica especializada en la salud de las mujeres.

Queríamos un lugar donde las mujeres pudieran recibir gratis o a bajo costo atención médica de calidad, accesible e integral,

en un ambiente donde no se sintieran juzgadas y que reconociera que la gente está enfrentando diversos problemas personales luego del Katrina.

Para Mandisa fue importante dedicarse a examinar qué causa preocupaciones de salud en las mujeres en la situación que sucede a un desastre natural. Después de mucho trabajo de voluntariado y de recaudar fondos, la clínica abrió en mayo de 2007. En la misma época Mandisa recibió una beca de una fundación que le permitió dejar su empleo en el bar y trabajar a tiempo completo como organizadora comunitaria, con la *Women’s Health Initiative* y otro grupo llamado *Institute of Women and Ethnic Studies*, en un proyecto sobre VIH y SIDA en el que Mandisa se convertiría en educadora en temas de salud sexual.

Para entonces, Mandisa había terminado la universidad, de apuro: no sentía ya la necesidad de concluir sus estudios, pero no quería perder sus esfuerzos previos, y se graduó en Historia, Sociología, Ciencia Política y Estudios de las Mujeres.

¿Cómo te definirías?

Como alguien que trabaja por la liberación. O como una organizadora. Supongo que no puedo decidir qué palabra usar. Pero ahora

todo está cambiando un poco, porque me anoté en la escuela de leyes para el año que viene, en la Louisiana State University, que queda como a una hora de acá.

Mandisa dice que no quiere ser abogada, sino adquirir los conocimientos legales necesarios para su trabajo social y político. Así que va a dejar la ciudad donde siempre vivió, y sus actividades, para obtener nuevas herramientas que le permitan seguir su tarea de organización.

Katrina jugó un papel fundamental en todo esto. Para mí fue un shock tremendo; trastornó mi vida y la cambió. Creo que le demostró a mucha gente que no tenemos que depender del gobierno para que nos salve sino construir redes sociales para salvarnos nosotros mismos.

DESASTRES NATURALES

MUJERES EN EL OJO DE LA TORMENTA

Los huracanes, como el Katrina de 2005, son impactantes ejemplos de fenómenos meteorológicos extremos que producen elevadas pérdidas humanas, destruyen infraestructura, causan daños psicológicos y cargan a gobiernos y ciudades con pesadas consecuencias financieras. A medida que el clima cambia y las temperaturas aumentan, es probable que los desastres meteorológicos se vuelvan más graves y comunes. Es difícil estimar cuánto aumentará el impacto, pero el Global Humanitarian Forum lo ha intentado y pronosticó que, a escala mundial, para 2030 el número de desastres relacionados con fenómenos meteorológicos se multiplicará en comparación con el período 1975-2008.¹

En la actualidad, tanto en los países en desarrollo como en los desarrollados, las ciudades costeras crecen y se expanden debido a las migraciones campo-ciudad y al crecimiento natural de la población dentro de las ciudades. Este crecimiento urbano lleva a veces a la pérdida de humedales en los deltas de los ríos, lo que resulta problemático ya que los humedales tienen la capacidad de amortiguar los efectos de tormentas e inundaciones. Lo mismo sucede con los bosques: un ejemplo es el daño producido por las inundaciones en América Central luego del huracán Mitch, que habría sido menos grave si no se hubiera deforestado la región.² Las ciudades ubicadas en otras áreas interiores expuestas a eventos meteorológicos extremos, como barrancos y laderas, también están creciendo, lo que significa que sus habitantes pueden esperar amenazas similares.

Los efectos de los desastres naturales son tanto inmediatos como de largo plazo. Muertes y heridas por ahogo, electrocución o asfixia son los más inmediatos. En los primeros meses posteriores a un desastre vinculado con el agua, como un huracán o inundaciones, aumenta el riesgo

de brotes de enfermedades transmitidas por el agua o infecciosas. El riesgo crece si hay desplazamientos significativos de población. Sin embargo, con las estrategias adecuadas, habitualmente se evitan brotes mayores de enfermedades.^{3,4} Para los países en desarrollo, el desafío es adaptarse a riesgos más frecuentes, lo que requiere infraestructura y financiación, presionando a economías ya de por sí agobiadas.

Los efectos de largo plazo de los desastres naturales son múltiples, y varían según los casos de acuerdo con factores tales como el tipo de desastre, la eficacia de la respuesta a la emergencia y el número de personas afectadas. En general, hay riesgo de que se produzcan disturbios sociales, trauma y dificultades para imponer la ley. En situaciones post-desastre, los aspectos referidos a la salud mental pueden ser menos visibles que las heridas o los daños a la infraestructura, pero son sin embargo una parte importante de los efectos. Los comportamientos de las personas pueden cambiar en áreas que han sufrido un desastre, incluyendo actividades riesgosas o que pueden ser autodestructivas (como el consumo excesivo de alcohol) o dañinas para otros (como la violencia).

Con respecto a la salud reproductiva, los desastres y las situaciones de crisis constituyen preocupaciones serias. Por lo común, cuando la gente es evacuada debido a una crisis, el porcentaje de mujeres embarazadas que sufren complicaciones potencialmente mortales no difiere del que se registra en circunstancias normales, pero el acceso al cuidado obstétrico de emergencia puede verse seriamente obstaculizado. La distribución de insumos para la salud reproductiva tales como medicación y anticonceptivos puede reducirse temporariamente. Si la gente

permanece evacuada por períodos prolongados, alojada en campamentos o viviendas temporarias, es probable que aumenten problemas tales como la violencia doméstica y la violación.⁵

En general, las mujeres son más vulnerables que los varones a los efectos de los desastres, debido a su posición subordinada en sociedades dominadas por hombres. Además, durante una crisis, a menudo se intensifican las desigualdades basadas en el género. Llevar adelante las tareas domésticas puede resultar más difícil en un contexto de crisis, con acceso escaso a combustible, agua y alimento. Por otra parte, por considerar a los hombres como sostenedores de las familias, es posible que las autoridades y organizaciones dedicadas a la asistencia frente al desastre se dirijan a través de ellos a las familias, y que de ese modo dejen a las mujeres y sus problemas específicos en las sombras, en especial en el caso de los hogares encabezados por una mujer soltera. A menudo la recuperación económica de las mujeres luego de un desastre lleva más tiempo que la de los hombres, debido a la precariedad del estatus socioeconómico de las mujeres.⁶

Con respecto a los jóvenes, los desastres pueden privarlos de educación, servicios de salud y redes sociales, aumentando el riesgo de que se involucren en prácticas peligrosas. En consecuencia, los esfuerzos para mitigar los efectos (de corto y largo plazo) de los desastres deben tener en cuenta, entre muchos otros factores, que los jóvenes son sexualmente activos, y que el riesgo de embarazos no deseados e infecciones de transmisión sexual puede aumentar si el acceso a los servicios de salud reproductiva se ve afectado.



Youness

FUTBOLISTA MARROQUÍ:
ADAPTARSE A UNA NUEVA VIDA

Al principio le pareció una lluvia normal, como tantas, pero ya llevaba cuatro días. Esa mañana de febrero de 2009, Youness estaba charlando y jugando a las cartas con sus amigos en el lugar donde solían encontrarse, una casa en ruinas sobre una colina a la entrada de su pueblo. Su pueblo era un pequeño valle con dos docenas de casas en los alrededores de Sidi Slimane, una ciudad de 150.000 habitantes en el centro de Marruecos, no muy lejos de la capital, Rabat. Youness no es agricultor, pero su padre sí: sus padres habían llegado veinte años antes desde el sur, cerca de Marrakech, buscando un lugar mejor para sus cultivos y su vida. El sur es seco y caluroso; en la llanura del Gharb, alrededor de Sidi Slimane, el clima es más templado y húmedo y la tierra más fértil. Allí pudieron comprarse dos hectáreas, donde empezaron a cultivar bananas y frutillas.

Aquella mañana, de pronto, en medio de sus juegos, Youness y sus amigos oyeron algo raro: gritos, movimientos extraños. Entonces

salieron para ver qué pasaba, y vieron que, allá abajo, sus vecinos gritaban y corrían porque sus casas se estaban inundando. Las casas del pueblo estaban hechas de ladrillos de barro; el agua, en el valle, ya llegaba hasta la cintura de los hombres y las mujeres que se esforzaban por salvar sus colchones, sus muebles, sus ropas. Youness y sus amigos bajaron corriendo a buscar unos baldes para tratar de ayudar.

Hacia las tres de la tarde la situación parecía controlada: las casas más afectadas habían sido evacuadas y la lluvia se iba apagando. Los vecinos estaban cansados y molestos pero más tranquilos: finalmente, no era nada que no les hubiera sucedido ya otras veces.

Esa noche, en la cena, Youness y sus padres comentaron los incidentes del día. Hablaron de si Mohammed había perdido su radio, si Hanae se había quedado sin ropa para su bebé. Menos mal que la lluvia había parado, dijeron, y que el agua no había llegado hasta su casa, situada un poco más

arriba. Hacia las nueve, Youness miraba la televisión cuando una especie de diluvio empezó a repiquetear sobre su techo. A las once la lluvia seguía con la misma fuerza, y Youness oyó gritos y un ruido que no conocía: como un tatatatá; mucho tiempo después diría que era como un animal gigante que avanza y pisotea. Youness salió a la puerta; en medio de la oscuridad, pudo ver que las casas de abajo se estaban hundiendo. El río se había desbordado y todo estaba lleno de agua. Los gritos, en medio de la noche, eran aterradores.

Youness volvió a entrar y buscó a sus padres y a su hermano. Sin apenas vestirse, sin llevarse nada, salieron de la casa y corrieron hasta lo más alto de la colina. Otros corrían con ellos, gritando, pidiendo socorro. Todos estaban asustados y empapados; ateridos, intentaron refugiarse bajo un árbol pero el agua los encontraba igual. Seguían escuchando ruidos, gritos: en la oscuridad, suponían que era las corridas de los chicos, los esfuerzos de sus padres tratando de

rescatarlos, los intentos por salvar algo antes de huir. A los pocos minutos ya eran veinte, treinta vecinos bajo aquellos árboles: entre todos, en murmullos, como si la desazón los obligara a hablar en voz muy baja, trataban de entender qué estaba sucediendo.

“Siempre me gustó la idea de ser el que enseña, el que organiza, el que hace cosas... Me gusta ser capaz de decirles a otros lo que sé.”

¿En qué pensabas cuando estabas ahí?

En la muerte, solamente en la muerte. Nunca había vivido nada igual. Pensaba que nadie nos podía ayudar, que el agua iba a seguir subiendo y al final nos iba a tapar a todos y nos iba a matar.

Casi todos lloraban, rezaban. Youness también rezó y le pidió a su Dios que lo sacara vivo de allí. Pero seguía oyendo los ruidos y los gritos y pensó que tenía que hacer algo. Dos o tres hombres fueron hacia la inundación, y Youness decidió acompañarlos:

Me voy para abajo, voy a ayudar.

No, hijo, no vayas, no vayas, por favor.

Youness trató de explicarle a su madre que tenía que ir; su madre lloraba y le decía que no fuera, que si iba no volvería, que se iba a morir ahí abajo. Al final le dijo que si bajaba, ella se moriría de un infarto. Youness se quedó; después, su decisión le pesaría en el alma.

Youness había nacido allí 22 años antes. Su infancia fue calma: jugaba con los chicos de su pueblo al fútbol, nadaba en el río, hablaba de lo que harían cuando fueran grandes. Youness era bueno para el fútbol y un hinchado furioso del Real Madrid: solía decir que alguna vez jugaría, *inshAllah*, en ese equipo. Pero también le gustaba leer, estudiar, y terminó la escuela primaria sin problemas. Después siguió adelante con la secundaria, y a los 20 años se recibió; al año siguiente, sus padres pudieron mandarlo a la Universidad Mohammed V de Rabat, donde Youness quería seguir estudios de Inglés. No lo logró: no había vacantes, y Youness se inscribió en Francés. No le fue tan bien en ese campo –“el francés no me gustaba, la gramática es tan complicada”– y al año siguiente se volvió a su pueblo. Allí, Youness empezó a trabajar todas las tardes en un pequeño cybercafé y se inscribió en un curso de dos años para aprender a diseñar ropa. Pensaba que, cuando fuera mayor, podía diseñar jeans e irse a una ciudad grande para

conseguir un trabajo y “desarrollar una buena vida”. Muchos de sus vecinos ya habían partido porque la productividad de sus tierras había bajado mucho por el agotamiento de los suelos. Habían migrado hacia las ciudades o, incluso, al extranjero.

¿Qué quiere decir desarrollar una buena vida?

Tener un trabajo, tener una casa, tener un coche y tener una mujer maravillosa. Eso es una buena vida.

Hasta esa noche en que el agua llegó para llevarse todo. Bajo los árboles, Youness veía –o, más bien, oía– cómo las casas allá abajo se derrumbaban bajo el peso del agua. Youness estaba seguro de que todo eso no sucedía de verdad, que estaba en medio de una pesadilla. Y no conseguía despertarse.

A las cuatro de la mañana oyeron el ruido de unos motores; eran los primeros auxilios. Gente de la región que llegaba en pequeños botes tipo zodiac o en canoas de remos a tratar de ayudarlos. Hacia la madrugada la lluvia se detuvo; unas horas más tarde, Youness y sus padres pudieron volver a su casa, una ruina llena de barro y piedras, los muebles y la ropa y los demás objetos destruidos por el agua. Trataron de despejar un espacio para descansar

pero no fue posible. Youness fue entendiendo poco a poco que ya no tenían casa y que, a partir de ese momento, su vida no iba a ser la misma. Pero lo peor estaba por llegar: poco más tarde, Youness se enteró de que Ali, su mejor amigo, había muerto junto con toda su familia cuando se derrumbó el techo de su casa.

Sigo pensando todo el tiempo en aquella noche. No puedo sacármela de la cabeza; sigo sufriendo todo aquello.

¿En qué piensas?

Me siento culpable. No hice nada por los demás, no fui capaz de ayudarlos. Sobre todo a mi amigo, era muy amigo mío y no pude hacer nada por él.

¿Por qué no pudiste ayudarlo?

Te dije, tenía miedo a la muerte. No quería preocupar a mi madre... No sé, pero sé que tendría que haber hecho algo más por los demás, algo más que mirar.

Hacia las diez de la mañana el agua empezó a bajar: todo estaba cubierto de barro, basura, trozos de muchas cosas, animales muertos. Los socorros del Estado llegaron cerca del medio-

día, demasiado tarde para salvar muchas vidas. Sólo quedaba remover las ruinas, rescatar los cuerpos. Esa tarde, Youness y su familia trataron de dormir en un refugio improvisado con frazadas y plásticos; Youness estaba agotado pero no podía dejar de pensar en el amigo muerto, la casa perdida, el campo arruinado, su futuro desaparecido.

¿Por qué crees que pasó lo que pasó?

Por el clima, que cambió tanto por causa de la globalización. Hay demasiados coches, buses, demasiada gente, demasiadas industrias, y entonces el clima cambia y pasan cosas como ésta: que yo me quedo sin casa, sin tierra, sin amigos...

Aquella noche llegaron otros grupos de auxilio con carpas y comida. Entre ellos estaba Naciri, el presidente de la *Association de Soutien aux Espaces Santé Jeunes*. Un joven de 24 años que vive en Rabat, Naciri había recibido, aquella madrugada, un pedido de auxilio de los miembros locales de la Asociación. En pocas horas unos 40 voluntarios de esta red de educación entre pares se habían movilizado hacia la zona:

Cuando llegamos no podíamos creer lo que veíamos: todo estaba cubierto de agua. Lo

primero que hicimos fue recorrer la zona en unos botes del Servicio de Protección Civil para tratar de salvar a la gente que todavía estaba atrapada en los techos de sus casas.

Esa misma mañana encontraron al responsable de la sección local de la Asociación, que se había quedado atrapado tratando de salvar a un hombre que se hundía en el barro. Esos pozos de barro eran el peor peligro: estaban cubiertos por una capa de agua superficial y, si alguien los pisaba sin darse cuenta, podía quedar atrapado sin salida. Naciri intentaba sacarlos pero no podía; después de unos minutos infinitos tirando de unas cuerdas, consiguieron por fin recuperarlos. Dos horas después, cuando llevaron al joven responsable de vuelta al pueblo, se enteraron de que su madre y su hermana habían muerto ahogadas.

Pero lo peor nos sucedió el segundo día, cuando encontramos a una familia que resistía sobre el techo de una casa. Nos vieron y empezaron a gritarnos para que fuéramos a socorrerlos. Nosotros estábamos acercándonos y justo recibimos una alarma a través de la radio. Nos dijeron que estaba por llegar una segunda ola de agua, que había que volver. Tratamos de llegar a ayudarlos, pero vimos que venía el agua y tuvimos que irnos.

¿Y tú estuviste de acuerdo con esa decisión?

No tuvimos más remedio. Si nos quedábamos, nos moríamos nosotros también. Pero fue horrible. Me quedó una tristeza terrible. No pude dormir durante mucho tiempo.

Los jóvenes de la Asociación trabajaron sin parar durante tres días con sus noches, y fue entonces cuando Youness los conoció. Días más tarde, cuando su padre decidió llevar a toda su familia a la casa del hermano mayor, en Rabat, ellos lo ayudarían. La familia de Youness no fue la única en irse y dejarlo todo. En la región hay muchas casas, calles, escuelas destruidas, y la tierra va a precisar muchos esfuerzos para volver a producir. Las cifras son imprecisas, pero se calcula que 40 por ciento de sus habitantes no han vuelto todavía, y que muchos no piensan hacerlo.

¿Vas a volver a tu pueblo?

No, nunca.

¿Por qué?

Por muchas razones. Estoy tratando de olvidarme de todo eso, de pensar en mi futuro. No creo que ninguno de nosotros

vuelva. Ahí ya no tenemos nada, y no queremos hacer nada más. Y mi mejor amigo se murió, así que para qué voy a volver. Prefiero pensar en los momentos que pasamos juntos...

Ahora, gracias a la ASESJ, Youness está haciendo un curso de seis meses para aprender a contestar llamadas en un centro de atención telefónica. Mientras tanto, trabaja de ayudante en obras de construcción; su tarea consiste en llevar los baldes y piedras y ladrillos de acá para allá, y le pagan 50 dirhams –unos 6 dólares estadounidenses– por jornada de siete u ocho horas.

Esto no es lo que debería estar haciendo. Yo tengo un título. Éste no es mi trabajo verdadero.

Dice, casi avergonzado.

Sólo que ahora tengo que hacer esto para salir del paso y ayudar a mi familia, para olvidarme de todo aquello y empezar a vivir de nuevo.

Youness está triste y desconcertado. Imagina que quizá pueda irse a Inglaterra, que siempre le gustó. Piensa que ese país tiene muchas ventajas para la gente que quiere vivir

ahí: dice que, por ejemplo, si tienes un título enseguida consigues un empleo allí. Mientras tanto, sigue con sus cursos y su trabajo, e intenta divertirse. Ahora tiene una novia pero dice que por el momento no es nada serio, alguien con quien charlar y pasarlo bien.

Ya sabes, los adolescentes...

Pero tú tienes 22 años.

Youness se ríe por primera vez y reconoce:

Es verdad, ya tengo 22. Voy a tener que apresurarme si quiero tener un futuro.

MIGRACIÓN

TEMPERATURA EN AUMENTO Y POBLACIONES EN MOVIMIENTO

Ya en 1990, el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático afirmó que el efecto más grave del cambio climático sobre las poblaciones sería probablemente el desplazamiento de gente.¹ El informe hablaba de “millones” de personas. Hoy, la migración sigue siendo una de las cuestiones clave cuando se discute el impacto del cambio climático, pero es muy difícil hacer estimaciones debido a la falta de datos y a la complejidad de los temas migratorios, en particular respecto a la diferenciación entre migración voluntaria y forzada. La Organización Internacional para las Migraciones (OIM) ha señalado que las proyecciones sobre población en movimiento debido al cambio climático varían entre 25 y mil millones de personas.² Las grandes diferencias entre las proyecciones dependen de cuál de los escenarios del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático se elija como base, así como de la definición de “migración” que se utilice. Sin embargo, es claro que se puede esperar un aumento significativo en el movimiento de la población a causa del cambio climático.

Existen dos factores ambientales principales que pueden empujar a la migración: eventos de aparición repentina con un impacto directo, como huracanes, inundaciones o sequías, y eventos de desarrollo lento, es decir la evolución gradual del ambiente, como el ascenso de los niveles del mar.³ Si bien no todos los cambios ambientales pueden ser vinculados claramente con el cambio climático, se prevé que éste aumente la intensidad y la frecuencia de los dos factores mencionados. Como estos dos tipos de causas de la migración pueden ser casi considerados dicotómicos, las características, las respuestas a ellos y por lo tanto sus consecuencias difieren mucho.

Es fácil identificar la ocurrencia de eventos tales como huracanes e inundaciones, y en cierta medida también es posible anticipar cuándo podrían ocurrir. Con ese conocimiento, es posible poner en marcha la mitigación, como así también estrategias tempranas de adaptación. Por otra parte, no hay manera de predecir de qué modo el cambio climático afectará el momento o el lugar en que ocurrirán desastres naturales en el próximo siglo. En circunstancias desafortunadas, los efectos podrían ser nefastos y grandes poblaciones podrían resultar desplazadas temporalmente de sus hogares, sin poder quizás regresar por muchos años.

Si bien muchas de las poblaciones que con mayor probabilidad se verán forzadas a emigrar a causa del cambio climático viven en los países en desarrollo, los más pobres y los más vulnerables no son necesariamente los que más probablemente migren. La migración es muy costosa como estrategia de adaptación. En general el migrante debe tener acceso a capital financiero y redes sociales en el lugar de destino. Además, la migración trastorna la vida cultural y política. Por lo tanto, la migración causada por el cambio climático no dependerá solamente del cambio climático real, sino también de factores económicos, culturales, políticos y sociales.⁴

Esto significa que las respuestas al movimiento de población provocado por el cambio climático deben tener en cuenta otros factores. Por ejemplo, es esencial una perspectiva de género, tanto si la migración es temporal como si es permanente. Las mujeres desplazadas son más vulnerables que los hombres, ya que a menudo tienen un estatus inferior al de los hombres y sus necesidades pueden recibir menos atención.

Cuando es necesario armar una nueva vida, una vez que se ha migrado de manera permanente, el estatus socioeconómico de las mujeres migrantes puede resultar afectado por el hecho de que con frecuencia terminan trabajando en el sector de empleo informal o tienen que desempeñar trabajo doméstico, en particular en condiciones laborales precarias. Las mujeres migrantes pueden sufrir problemas de salud relacionados con la dificultad potencial de acceso a servicios sociales en general y de salud reproductiva en particular, debido a las barreras lingüísticas y los obstáculos legales o financieros. También se debe considerar la cuestión de la seguridad, ya que las mujeres migrantes tienen más probabilidades de ser víctimas de violencia doméstica y abuso.⁵

Si bien se presentan desafíos, también hay que recordar que la migración será, para algunas poblaciones, un modo necesario de adaptarse al cambio climático en el próximo siglo. La migración como estrategia de adaptación ha estado sin duda presente a lo largo de toda la historia humana. Por lo tanto, es decisivo prestar atención a los problemas de las poblaciones migrantes, incluidas las mujeres y los jóvenes migrantes, tanto antes como durante y después del desplazamiento.



Fatima

ACTIVISTA Y ORGANIZADORA NIGERIANA:
REEMPLAZAR LA LEÑA POR UN TELÉFONO CELULAR

Fatima nunca quería estar donde estaba. Cuando veía que sus hermanos y hermanas mayores salían para la escuela, lloraba porque no podía ir con ellos. Pero cuando empezaron a llevarla a la escuela, lloraba porque no quería quedarse sola allí. Fatima siempre tuvo la sensación de que las cosas nunca eran exactamente como debían ser, y que había que buscar más allá.

Fatima nació en Jos, una ciudad de medio millón de habitantes en el centro de Nigeria. Su padre, Abubakar, era un empleado jerárquico de una corporación minera; dueño de una casa y un coche, era capaz de mantener a los diez hijos que tuvo con Aisha, una señora devota y dedicada que se pasaba sus escasas horas libres tejiendo e hilando para completar el presupuesto familiar.

Cuando era niña, Fatima estaba rodeada de hermanos y hermanas, y su vida era casi sencilla. Caminaba una hora para ir y volver de la escuela pero, ya de vuelta en casa, siempre había algo rico que comer. Después dormía la siesta antes de ayudar con las tareas domésticas y, día por medio, lavarse el uniforme. Fatima y sus

hermanos tenían que aprender a hacerse cargo de sus responsabilidades antes de salir a jugar.

Fatima pertenece a una tribu pequeña, la egbira. Una vez por año, la familia viajaba a “su” pueblo; aunque ninguno de ellos nació en Toto, de allí provenían sus abuelos. Era un lugar pacífico donde tomaban contacto con sus tradiciones. Allí Fatima aprendió, por ejemplo, que había que respetar a los mayores: que no alcanzaba con hacer una reverencia, también había que arrodillarse ante ellos. Fatima lo hacía, pero se preguntaba por qué. Todo el tiempo Fatima se preguntaba el porqué de las cosas. Se preguntaba, por ejemplo, por qué nunca veía a una mujer manejando un coche o, más tarde, por qué los que hablaban en la tele o la radio para defender los derechos de las mujeres siempre eran hombres. Fatima había oído en su casa muchas veces aquel refrán africano que dice que “el que usa el zapato es el que sabe dónde aprieta más”, pero por alguna razón eso no parecía aplicarse a las mujeres.

Ya adolescente, a Fatima le interesó especialmente uno de esos programas de televisión

—que pasaban en un canal local—, llamado *Youth Prospectives* y presentado por un señor Kingsley Bangwell. El hombre hablaba de temas de salud, VIH, medioambiente, participación juvenil, iniciativa empresarial. Fatima soñaba que algún día lo iría a ver y por eso tomó como una señal el día en que Kingsley fue a su escuela y preguntó quién quería colaborar con la comunidad. Al otro día, Fatima —16 años cumplidos— se incorporó como voluntaria a la Fundación *Young Stars*.

Fue increíble. Había tantos textos que leer, tantas cosas interesantes que aprender. Empecé a involucrarme en la participación juvenil, en temas de gobierno, empoderamiento económico, desarrollo sostenible.

En la Fundación *Young Stars* Fatima vio por primera vez una computadora, y le enseñaron cómo se usaba. También le enseñaron a fabricar cremas, jabones y velas y a teñir ropas, para formar a jóvenes desocupadas. Al principio no se tenía mucha confianza, pero poco a poco la fue consiguiendo. Le encantaba

la sensación de que estaba haciendo algo que importaba: dejaba de ser una observadora, pasaba a la acción. Pero, en esos días, algo inesperado cambió su vida: su madre tuvo un derrame cerebral y quedó paralizada. Pocos meses más tarde, un segundo derrame la mató.

Siempre me gustó ser chica. Eres tan inocente, y todo resulta muy fácil. Pero cuando mi madre murió, una enorme sensación de responsabilidad cayó sobre mis hombros, porque automáticamente tuve que hacerme cargo de mis hermanas y hermanos. Fue cuando supe que ya no era una nena.

"... ni siquiera sabía que estaba haciéndome un daño a mí misma y al resto del mundo, tanto por cortar árboles como por las emisiones de CO₂."

Fatima sintió que su mundo se había derrumbado y se preguntaba para qué seguir. Se consolaba pensando que su madre había vivido una buena vida, y que si su Creador se la había llevado, seguro que tenía sus razones. Cuando se sintió lista, escribió un artículo sobre su madre que tituló "Nunca te rindas": era la lección que había aprendido de la vida de su madre y fue también la primera vez que

escribió algo pensando en publicarlo; a quienes lo leyeron les gustó y la alentaron a que siguiera adelante. Fatima pensó que quería escribir una novela que contara historias de la vida real de chicas como ella. Así fue como empezó *The Face of Africa*, que piensa terminar pronto, y más tarde *The Amazon of Elkira*. Y también decidió que, pese a que siempre lo había querido, no sería médica: nunca podría volver a ver a un enfermo sin pensar en su madre.

Fatima ya había terminado la escuela pero no entró en la universidad porque su familia no tenía el dinero necesario. Seguía con su trabajo comunitario, y por esa vía se contactó con gente del British Council. Unos meses más tarde fue seleccionada para participar del *Global Exchange*, un programa de intercambio entre jóvenes nigerianos e ingleses. Gracias a ese programa pasó tres meses en Birmingham, Inglaterra.

Fue la primera vez que estuve tan lejos de casa, extrañaba. Allí todo era muy diferente. Para empezar, me sorprendía mucho el orden y la puntualidad de todo, desde las reuniones hasta los buses.

Pero la comida le parecía insípida y, sobre todo, le impactaba ver a los jóvenes bebiendo y fumando en la calle, vestidos "sin recato"

y tratando a los mayores como si fueran sus iguales. Fatima empezó a apreciar más su propio país. Puede que sea pobre, pensaba, pero tiene valores morales que no deberían ser abandonados. Estaba muy ocupada: trabajaba con mujeres en un refugio para personas sin hogar y en campañas de prevención del VIH-SIDA, y descubrió que incluso un país rico como Inglaterra no era un lecho de rosas para todo el mundo.

Ya de vuelta en Jos, Fatima empezó a trabajar con *Spring of Life*, una ONG que se ocupa del VIH-SIDA, tratando de ayudar a los enfermos y explicándoles que no tenían que abandonar la pelea y que, si se cuidaban, podían vivir muchos años con su enfermedad. Y finalmente entró como voluntaria en YARAC –*Youth Adolescent Reflection and Action Center*–, una ONG en la que, desde el principio, la dejaron llevar adelante su propio proyecto, *Young Women of Vision*. Allí organizaba –y todavía lo hace– seminarios que tratan sobre diversos temas: el primero fue sobre salud reproductiva y prevención de las enfermedades de transmisión sexual.

Muy pocas chicas musulmanas de aquí harían lo que yo hago. Las mujeres de este lugar son mucho más pasivas. Forma parte de nuestra cultura; se supone que debemos ser amas de casa y nada más. Pero por eso mismo queda tanto por hacer.

Fatima tenía 19 años y no pensaba en estudiar, porque ya estaba haciendo cosas que le interesaban y, entonces, para qué perder el tiempo. Hasta que se dio cuenta de que lo necesitaba: “No se trata solamente de querer cambiar vidas; se trata de saber cómo cambiarlas”, descubrió. “Y para eso necesitaba educación universitaria.”

Aunque no tenía la plata, igual se presentó; cuando la admitieron, YARAC le adelantó el dinero necesario. Sus actividades como trabajadora comunitaria la decidieron a estudiar psicología. Ahora está en tercer año, sigue con sus actividades en YARAC, y en *Action Aid* participa de campañas para reclamar contra el hambre y en favor del derecho a la alimentación. Está trabajando en seis o siete proyectos más y no tiene tiempo –ni nunca lo tuvo– para un novio. Pero el año pasado, cuando oyó hablar por primera vez del cambio climático en un encuentro de veteranos del *Global Exchange*, sintió que tenía que hacer algo.

Fue una revelación. Uso leña para cocinar, y ni siquiera sabía que estaba haciéndome un daño a mí misma y al resto del mundo, tanto por cortar árboles como por las emisiones de CO₂. Solía tirar las latas y las botellas en cualquier parte, y esas cosas nos sobrevivirán y harán daño a las generaciones futuras.



Fatima sigue cocinando con leña porque no tiene otra opción, pero está por conseguir una cocina especial promovida por una organización ambientalista que consume mucho menos y reduce las emisiones. También empezó a interesarse por el problema del agua en su ciudad, que la afecta directamente. Hace más de diez años que su casa y su barrio dejaron de tener agua corriente; más tarde, el pozo que ella usaba se agotó y tuvieron que hacer otro, que no da agua potable. No es la única: por falta de infraestructura, la mayoría de los africanos siempre tuvo grandes problemas para conseguir agua; este problema se ha agravado en los últimos años, cuando la tala indiscriminada de

árboles y las sequías asociadas con el cambio climático empeoraron la situación.

Fatima empezó a pensar en el tema, y se enteró de que un programa de *WaterAid* ofrecía mil dólares estadounidenses a los jóvenes que quisieran llevar adelante un proyecto sobre agua y saneamiento usando nuevas tecnologías. Pero, con 22 años, Fatima ya era demasiado vieja para el preprograma, así que se juntó con su hermana de 17, Amina, y presentaron la idea; armarían un equipo de jóvenes de distintas comunidades que filmarían con sus celulares –en Nigeria, donde los teléfonos fijos nunca funcionaron, casi todos los habitantes urbanos tienen un móvil– los

distintos problemas causados por la falta y el mal uso del agua y de los sistemas sanitarios. Editarían un documental de 15 minutos para pasarlo y discutirlo en los colegios y armar grupos que trabajen el asunto y pidan soluciones al gobierno local. La propuesta fue aceptada, y pronto van a empezar a realizarla.

¿Por qué el agua?

Porque hace diez años que no tengo agua corriente, porque todo el mundo se queja de eso, porque la falta de agua es un desastre múltiple: las familias no pueden cocinar comida sana ni llevar una vida sana ni mantener sus huertas y sus animales. Y las mujeres tienen que caminar y caminar para buscarla. Si una chica no tiene agua no puede lavar su uniforme y no puede ir a la escuela, porque la gente se te ríe si llevas el uniforme sucio. Todo el tiempo necesitamos agua. Es tan importante y, a veces, se la descuida tanto.

¿Y por qué sientes esta necesidad de hacer estas cosas?

Al principio, por curiosidad: quería saber. Ahora es más bien la satisfacción de hacer un beneficio. Y entusiasmo conocer tanta gente y, por supuesto, ayuda a mi currículum, dice Fatima, riéndose.

Pero lo más importante, dice, es que nunca sabes la vida de quién cambiará gracias a las pequeñas cosas que haces. Que eso es lo que la empuja a continuar, dice, y habla sobre más y más proyectos; no puede dejar de idear proyectos y de imaginar el futuro.

Entonces, ¿cómo te ves dentro de veinte años?

Como una psicóloga, una esposa, una muy buena madre, con suerte una escritora, sin dudas una promotora del desarrollo. Hasta podría ser una emprendedora que produce cosméticos... Debería ser capaz de hacer mucho más de lo que hago ahora. Sé que hago todo lo que puedo para transformar vidas, y en veinte años me imagino haciendo lo mismo pero a mayor escala. Odio ver a la gente sufrir por privaciones: falta de comida, de atención médica, de educación, de agua. Deberían tener todo eso.

Y cuenta la historia de una mujer de un pueblo cercano que no pudo llevar a su hijo al médico porque la sequía le había arruinado la cosecha y, entonces, no tenía los veinte centavos de dólar estadounidense para la moto taxi. Cuando los consiguió y pudo llevarlo, el chico agonizaba; la madre tuvo que volverse a su casa con su cuerpo en los brazos.

Eso sucede en 2009, en nuestras ciudades. ¿Por qué tiene que morir un chico por carecer de acceso a la atención médica y a la alimentación y a agua limpia? ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué estamos haciendo?

POBREZA

EL CAMBIO CLIMÁTICO Y LOS OBJETIVOS DE DESARROLLO DEL MILENIO

El impacto del cambio climático sobre la vida de las personas pobres será más grave. Si bien los efectos del cambio climático serán diferentes de acuerdo con el lugar geográfico, en las zonas afectadas la gente pobre será más vulnerable, ya que es la que tiene menor acceso a capital económico y social clave, como educación, ahorros privados y movilidad, todos ellos necesarios para la adaptación al impacto y el cambio previstos.

Los efectos sobre las vidas de los pobres y el nivel de resiliencia frente a los cambios previstos varían naturalmente mucho: habrá tantas vidas alteradas como personas que viven en la pobreza en lugares donde se produzcan efectos del cambio climático. En las ciudades, los pobres serán más vulnerables a los problemas de salud provocados por el aumento de las olas de calor y el descenso en la calidad del aire urbano, así como a las enfermedades contagiosas como malaria, dengue y cólera, y a las infecciones transmitidas por roedores luego de inundaciones o sequías.¹ En las áreas rurales, la agricultura y la pesca en pequeña escala son amenazadas por los cambios previstos en las precipitaciones, las estaciones seca y húmeda, y la temperatura. Los trabajadores pobres urbanos, comúnmente empleados en el sector informal, serán vulnerables a las mayores temperaturas y las olas de calor, dado que a menudo pasan muchas horas en instalaciones que carecen de ventilación y condiciones sanitarias adecuadas. Las personas pobres desplazadas por los efectos del cambio climático, que a menudo se mudan a áreas urbanas, podrían tener dificultades para encontrar trabajo.

En comparación con los países desarrollados, la mayoría de los países en desarrollo tienen menor capacidad para asignar los recursos humanos y de capital necesarios para

responder de manera proactiva al cambio climático. Los países más vulnerables son los que están localizados en áreas tropicales y subtropicales, lo que significa que algunos de los más graves efectos previstos se concentrarán en los países menos preparados.² Sin embargo, también son vulnerables sociedades y comunidades con alta capacidad.³

Entre los pobres, se espera que las mujeres enfrenten consecuencias más graves que los hombres, a causa de su estatus socioeconómico comparativamente inferior y su gran dependencia de los recursos naturales para obtener sus medios de subsistencia. Esto se aplica en particular a los hogares encabezados por una mujer soltera con pocos bienes.⁴ Dos tercios de los pobres del mundo y alrededor de 70-80 por ciento de los trabajadores agrícolas son mujeres. Además, como las mujeres pasan menos tiempo en espacios públicos, no tienen la misma preparación que los hombres para lidiar con desastres repentinos, y como consecuencia de eso, en muchos casos el número de mujeres que mueren o resultan heridas es desproporcionado.⁵ Por lo tanto, las estrategias de adaptación y mitigación deben incluir atención especial a las mujeres y niñas y a su empoderamiento, que depende en parte de su acceso a la salud reproductiva.

Dado que la población mundial incluye una enorme generación de personas de menos de 25 años, es necesario que los jóvenes no sólo se preparen para enfrentar los efectos futuros, sino que se involucren hoy con el objeto de prepararse y preparar a sus comunidades. A menudo los jóvenes pobres tienen acceso insuficiente a educación, alimento, salud –incluida la salud reproductiva– y redes sociales estables, tales como su familia inmediata, lo que los vuelve

más vulnerables. La joven generación de hoy también está más urbanizada que nunca, y en muchas ciudades los jóvenes son una gran proporción de los habitantes de barrios precarios.⁶ Con los esfuerzos adecuados, los jóvenes urbanos tienen el potencial para ser actores fuertes en la adaptación y la mitigación, ya que las ciudades proveen oportunidades, tanto en términos de medios de subsistencia como en formas de vida ambientalmente sanas. Sin embargo, esto requiere que se preste especial atención a las necesidades de los jóvenes urbanos.

En la medida en que la comunidad mundial no logre avanzar al ritmo necesario para cumplir los planes de desarrollo acordados, como los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), los efectos del cambio climático para los países en desarrollo y la gente pobre podrían ser más graves de lo necesario, ya que la pobreza exacerba la vulnerabilidad de las personas y los países al cambio climático.⁷ Además, si no logramos adaptarnos a los efectos del cambio climático y mitigarlos, el riesgo es que la pobreza aumente en países que ya son pobres, lo que a largo plazo contribuirá, entre otros efectos, a una reducción de los servicios sociales –en especial de los servicios de salud básicos, incluida la salud reproductiva– y a un retroceso en los avances hacia el acceso universal a la salud sexual y reproductiva, el segundo objetivo que debe ser alcanzado, según el ODM 5, sobre salud materna. Sin dudas, en la actualidad existe el riesgo de que parte del progreso hecho en los esfuerzos por alcanzar los ODM se pierda a causa del cambio climático.⁸

En la frontera: los jóvenes y el cambio climático

Las siete historias que presenta este informe son ejemplos muy auténticos de lo que puede sucederles a millones de jóvenes en las próximas décadas si no se atenúa el impacto del cambio climático y no se atacan sus causas. Lo más probable es que los efectos sean peores para los jóvenes que viven en la pobreza, y el nivel de atención que prestemos a las necesidades de los jóvenes que hoy se encuentran en la frontera del cambio climático será lo que determine de qué manera evolucionarán sus vidas.

Los informes en profundidad de Marjorie, Mariama, Messias, Kilom, Mandisa, Youness y Fatima son ejemplos del modo en que el cambio climático afecta los pensamientos, los sueños y las acciones de los jóvenes. Jóvenes de todo el mundo se ocupan del cambio climático, desde las selvas profundas de la Amazonia, las regiones áridas del Níger o los atolones y las islas del Pacífico hasta las discusiones de alto nivel en los preparativos para la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático de Copenhague, en diciembre de 2009. Dado

que los jóvenes cargan sobre sus hombros los desafíos del cambio climático, es muy necesario apoyarlos y fortalecerlos en su esfuerzo por salvaguardar la riqueza y la diversidad de la Tierra para ellos y las generaciones por venir.

Como la gente más vulnerable al cambio climático vive en países en desarrollo, las perspectivas en relación con la pobreza son claves si se apunta a equipar a los jóvenes con herra-

mientas para adaptarse y mitigar los efectos del cambio climático. Por lo tanto, reducir la pobreza y mejorar la salud de los jóvenes reducirá su vulnerabilidad al cambio climático. Educación, oportunidades de empleo, acceso a servicios de salud que incluyan la salud reproductiva y seguridad son prerequisites para que la generación de jóvenes de hoy esté lista para el futuro. Esto es particularmente importante para

“Los jóvenes deben tener la capacidad de aprovechar el progreso que se ha hecho hasta ahora en la búsqueda de modos de vida menos perjudiciales para el clima, gracias a los avances tecnológicos.”

los jóvenes que viven en pueblos y ciudades, ya que una cantidad creciente de población mundial se concentra en áreas urbanas.

Aunque la reducción de la pobreza es clave, el crecimiento y la creación de riqueza deben materializarse en formas nuevas. No se puede lograr el desarrollo a costa de aumentar aún más las emisiones de gases de efecto invernadero, y los países desarrollados no pueden continuar en los actuales niveles de emisión. Si seguimos produciendo cambio climático a través de patrones de producción y consumo que crean las mismas o mayores emisiones, nos arriesgamos a cruzar el punto crítico para las capacidades naturales y humanas. Afortunadamente, existen otras maneras de vivir, y donde existen, funcionan. Los jóvenes deben tener la capacidad de aprovechar el progreso que se ha hecho hasta ahora en la búsqueda de modos de vida menos perjudiciales para el clima, gracias a los avances tecnológicos.

Gobiernos, responsables de políticas, investigadores, donantes y organizaciones internacionales tienen que reconocer que se debe dar

a los jóvenes un papel decisivo en la adaptación al cambio climático y su mitigación. Los gobiernos y los responsables de políticas deberían promover la participación de los jóvenes en todos los niveles de los debates referidos a adaptación y mitigación, ya que serán ellos quienes implementen lo que se decida hoy y quienes vivan con las consecuencias. Los investigadores deberían producir más información y análisis sobre el modo en que los jóvenes resultan afectados y las mejores respuestas, ya que la mayoría de los escenarios de impacto omiten análisis específicos sobre esta cuestión.

Es necesario que los donantes reconozcan que hoy vive en el mundo una generación joven más numerosa que nunca, y que tomen medidas para explotar su potencial como agentes de cambio. Las organizaciones internacionales deberían abogar con fuerza por el empoderamiento de los jóvenes en todos los niveles de las políticas y los programas referidos al cambio climático. Los jóvenes deberían establecer redes y organizarse para enfrentar el desafío del cambio climático. Si los actores clave del desarrollo los

apoyan del modo sugerido, los jóvenes estarán mejor preparados para jugar su papel e involucrarse en la respuesta al cambio climático, hoy y mañana. Debemos fortalecer el compromiso de los jóvenes frente a la exigente tarea del cambio climático. Si los adultos no lo hacemos, el riesgo será mayor para todos nosotros.

Notas finales

INTRODUCCIÓN

- 1 Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático, 2007: Cambio climático 2007: Informe de síntesis.
- 2 Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático, 2007: Cambio climático 2007: Informe de síntesis.
- 3 The Global Humanitarian Forum, 2009: Human Impact Report: Climate Change – The Anatomy of a Silent Crisis.
- 4 Fondo de Población de las Naciones Unidas, 2007: Estado de la población mundial 2007. Liberar el potencial del crecimiento urbano.
- 5 Programa de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos, 2009: Cities and Climate Change Initiative. Launch and Conference Report.
- 6 R. Fernández-Castilla, L. Laski y S. Schellekens, 2008: Young People in an Urban World en G. Martine, G. McGranahan, M. Montgomery y R. Fernández-Castilla (eds.), The New Global Frontier. Urbanization, Poverty and Environment in the 21st Century.
- 7 R. Fernández-Castilla, L. Laski y S. Schellekens, 2008: Young People in an Urban World en G. Martine, G. McGranahan, M. Montgomery & R. Fernández-Castilla (eds.), The New Global Frontier. Urbanization, Poverty and Environment in the 21st Century.

MARJORIE

- 1 Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, 2009: El estado mundial de la pesca y la acuicultura 2008.
- 2 Bates, B.C., Z.W. Kundzewicz, S. Wu y J.P. Palutikof (eds.), 2008: El cambio climático y el agua. Documento técnico VI del IPCC, Secretariado del IPCC, Ginebra, 210 pp.
- 3 Dobson A., I. Cattadori, R.D. Holt, R.S. Ostfeld, F. Keasing et al., 2006: Sacred Cows and Sympathetic Squirrels: The Importance of Biological Diversity to Human Health. PLoS Med 3(6): e231. doi:10.1371/journal.pmed.0030231
- 4 Hotez, P., A. Fenwick, L. Savioli y D. Molyneux, 2009: Rescuing the bottom billion through control of neglected tropical diseases, The Lancet, vol. 373, N° 9674, pp. 1570-1575.
- 5 Organización Internacional del Trabajo, 2009: Give Girls a Chance. Tackling Child Labour, a Key to the Future.
- 6 Fondo de Población de las Naciones Unidas, 2007: Giving Girls Today & Tomorrow. Breaking the Cycle of Adolescent Pregnancy.

MARIAMA

- 1 Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático, 2007: Cambio climático 2007: Informe de síntesis.
- 2 Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, 2003: Género y ordenación de tierras secas.
- 3 Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, 2003: Género y ordenación de tierras secas.
- 4 Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola, 2008: Desertificación.
- 5 Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola, 2008: Desertificación.
- 6 Convención de las Naciones Unidas de Lucha contra la Desertificación, 2008: Fact Sheet 3. The Consequences of Desertification.
- 7 Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, 2003: Género y ordenación de tierras secas.
- 8 Bates, B.C., Z.W. Kundzewicz, S. Wu y J.P. Palutikof (eds.), 2008: El cambio climático y el agua. Documento técnico VI del IPCC, Secretariado del IPCC, Ginebra, 210 pp.

MESSIAS

- 1 Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, 2009: Situación de los bosques del mundo 2009.
- 2 Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, 2009: Reversing the loss of forest cover, preventing forest degradation in all types of forests and combating desertification, including in low forest cover countries.
- 3 Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, 2009: Situación de los bosques del mundo 2009.
- 4 Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático, 2002: Cambio climático y biodiversidad, Documento técnico V del IPCC.
- 5 Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático, 2002: Cambio climático y biodiversidad, Documento técnico V del IPCC.
- 6 Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático, 2002: Cambio climático y biodiversidad, Documento técnico V del IPCC.
- 7 Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático, 2007: Cambio climático 2007: Informe de síntesis, Resumen para responsables de políticas.
- 8 Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, 2009: Situación de los bosques del mundo 2009.
- 9 Foro de las Naciones Unidas sobre Bosques, 2009: Documento de debate preparado por el grupo principal integrado por jóvenes y niños.

KILOM

- 1 Bates, B.C., Z.W. Kundzewicz, S. Wu y J.P. Palutikof (eds.), 2008: El cambio climático y el agua. Documento técnico VI del IPCC, Secretariado del IPCC, Ginebra, 210 pp.
- 2 Bates, B.C., Z.W. Kundzewicz, S. Wu y J.P. Palutikof (eds.), 2008: El cambio climático y el agua. Documento técnico VI del IPCC, Secretariado del IPCC, Ginebra, 210 pp.
- 3 Hezel, Francis X., S.J., 2009: High Water in the Low Atolls, Micronesia Seminar N° 76. The Micronesia Seminar, Pohnpei.
- 4 Bates, B.C., Z.W. Kundzewicz, S. Wu y J.P. Palutikof (eds.), 2008: El cambio climático y el agua. Documento técnico VI del IPCC, Secretariado del IPCC, Ginebra, 210 pp.
- 5 Bates, B.C., Z.W. Kundzewicz, S. Wu y J.P. Palutikof (eds.), 2008: El cambio climático y el agua. Documento técnico VI del IPCC, Secretariado del IPCC, Ginebra, 210 pp.

MANDISA

- 1 The Global Humanitarian Forum, 2009: Human Impact Report: Climate Change – The Anatomy of a Silent Crisis.
- 2 Bates, B.C., Z.W. Kundzewicz, S. Wu y J.P. Palutikof (eds.), 2008: El cambio climático y el agua. Documento técnico VI del IPCC, Secretariado del IPCC, Ginebra, 210 pp.
- 3 Floods – Technical Hazard Sheet – Natural Disasters Profile, <http://www.who.int/hac/techguidance/ems/floods/en/index.html>, consultado el 27 de junio de 2009
- 4 Tropical Cyclones – Technical Hazard Sheet – Natural Disasters Profile, http://www.who.int/hac/techguidance/ems/tropical_cyclones/en/index.html, consultado el 27 de junio de 2009
- 5 Ramchandran, D. y R. Gardner, 2005: Coping with Crises: How Providers Can Meet Reproductive Health Needs in Crisis Situations. Population Reports, Series J, No. 53. Baltimore, Johns Hopkins Bloomberg School of Public Health, The INFO Project.
- 6 Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, 2006: Gender: The Missing Component of the Response to Climate Change.

YOUNESS

- 1 Piguet, E., 2008: Climate Change and Forced Migration. Documento de investigación N° 153. Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, Ginebra.
- 2 Organización Internacional para las Migraciones, 2009: Migración, cambio climático y medio ambiente. Nota de políticas de la OIM.
- 3 Piguet, E., 2008: Climate Change and Forced Migration. Documento de investigación N° 153. Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, Ginebra.
- 4 Kniveton, D., K. Schmidt-Verkerk, C. Smith and R. Black, 2008: Climate Change and Migration: Improving Methodologies to Estimate Flows. MRS N° 33. Organización Internacional para las Migraciones, Ginebra.
- 5 Fondo de Población de las Naciones Unidas, 2006: Estado de la población mundial 2006. Hacia la esperanza. Las mujeres y la migración internacional.

FATIMA

- 1 Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, 2007: Climate Change: Impacts, Vulnerabilities and Adaptation in Developing Countries.
- 2 Banco Mundial, PNUD et al., 2003: Poverty and Climate Change. Reducing the Vulnerability of the Poor Through Adaptation.
- 3 Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático, 2007: Cambio climático 2007: Informe de síntesis.
- 4 Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, 2007: Climate Change: Impacts, Vulnerabilities and Adaptation in Developing Countries–
- 5 The Global Humanitarian Forum, 2009: Human Impact Report: Climate Change – The Anatomy of a Silent Crisis.
- 6 Fondo de Población de las Naciones Unidas, 2007: Estado de la población mundial 2007. Suplemento Jóvenes. Crecer en las ciudades.
- 7 Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, 2007: Climate Change: Impacts, Vulnerabilities and Adaptation in Developing Countries.
- 8 Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2008: Objetivos de Desarrollo del Milenio. Informe 2008.

El UNFPA, Fondo de Población de las Naciones Unidas, es una agencia de cooperación internacional para el desarrollo que promueve el derecho de cada mujer, hombre y niño a disfrutar de una vida sana, con igualdad de oportunidades para todos. El UNFPA apoya a los países en la utilización de datos sociodemográficos para la formulación de políticas y programas de reducción de la pobreza, y para asegurar que todo embarazo sea deseado, todos los partos sean seguros, todos los jóvenes estén libres de VIH/SIDA y todas las niñas y mujeres sean tratadas con dignidad y respeto.

UNFPA - porque cada persona es importante.



Fondo de Población de las Naciones Unidas
220 East 42nd Street
New York, NY 10017
Estados Unidos de América
www.unfpa.org

USD \$15.00
ISBN 978-0-89714-966-2
No. de venta S.09.III.H.2
S/6.000/2009

Impreso en papel reciclado.

